

Antioquia imaginada
Pertenencia, narraciones de identidad y representaciones sociales

Dirección de arte, edición y diseño gráfico
Miguel Mesa, Mesa Editores
Juan David Díez, Taller Estándar



www.mesaeditores.blogspot.com

Impresión
Editorial Artes y Letras

Impreso y hecho en Colombia

© De los textos, sus autores
© De las imágenes sus autores

Primera edición
Noviembre de 2013

ISBN: 978-958 -720-195-6

Todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio impreso, electrónico o reprográfico sin el permiso del titular. Ley 23 de 1982

©Gobernación de Antioquia
©Universidad Eafit
©Suramericana S.A.

GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA

Sergio Fajardo Valderrama

Gobernador

SURAMERICANA S.A.

Gonzalo Alberto Pérez Rojas

Presidente

Universidad EAFIT

Juan Luis Mejía Arango

Rector

EDICIÓN ACADÉMICA

Jorge Giraldo Ramírez

Efrén Giraldo

AUTORES

Efrén Giraldo

Sol Astrid Giraldo Escobar

Juan José Hoyos Naranjo

Juan Carlos Vélez Rendón

Orian Jiménez Meneses

AGRADECIMIENTOS

Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina

Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas,

Universidad EAFIT

Jesús Abad Colorado

Luigi Baquero

Juan Fernando Ospina

Antioquia imaginada

Pertenencia, narraciones de identidad y representaciones sociales

...

ANTIOQUIA
200 años

Jorge Giraldo Ramírez
Efrén Giraldo
(Editores académicos)

...

Gobernación de Antioquia
Universidad EAFIT
Suramericana S.A

...

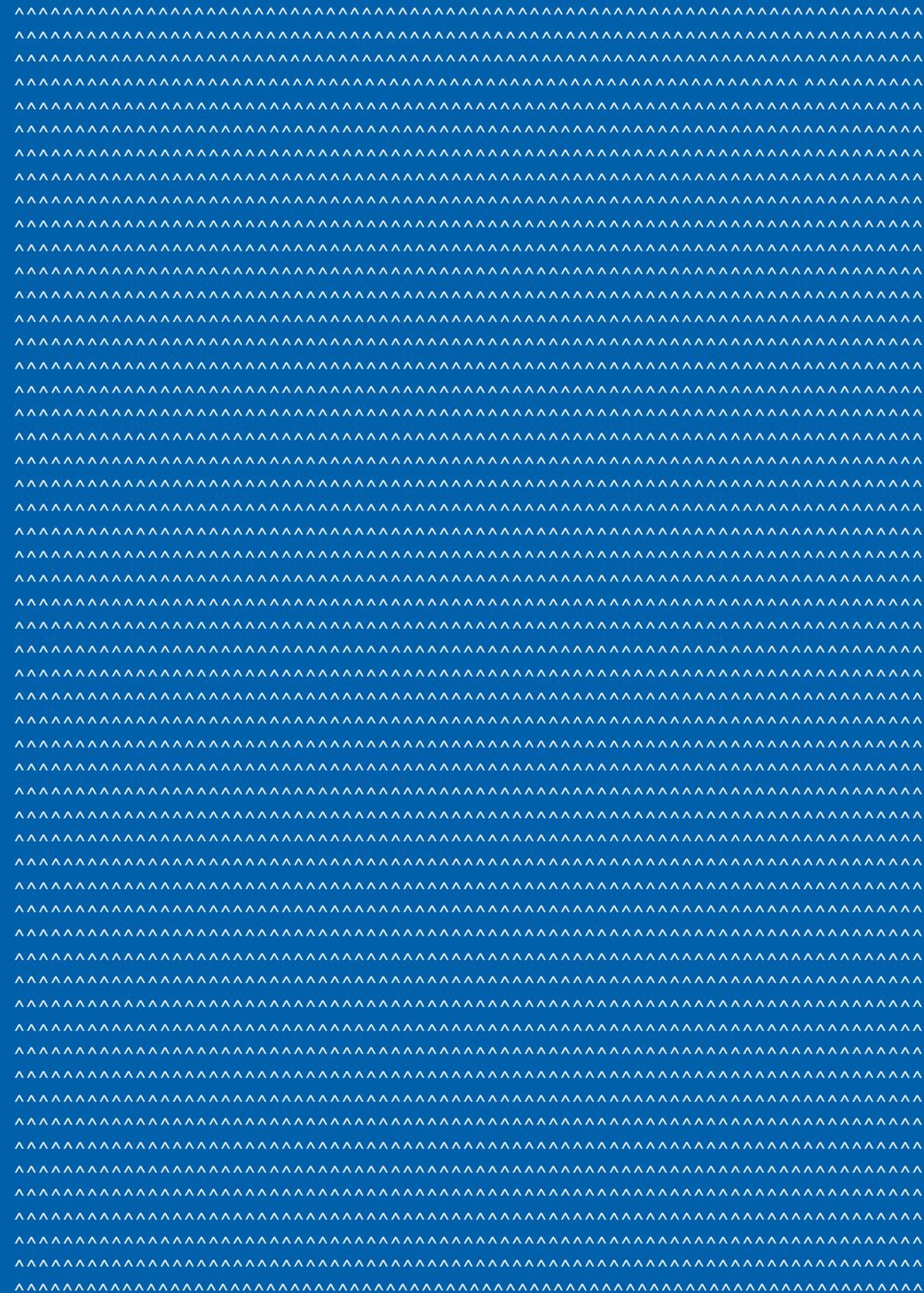
Medellín
2013



Contenido

Presentaciones	10
Prólogo	
Efrén Giraldo / Jorge Giraldo	15
Representaciones sobre el pasado de Antioquia	
Juan Carlos Vélez Rendón	21
Antioquia en el ensayo literario del siglo XX. Imaginación argumental y ficciones de pertenencia	
Efrén Giraldo	63
¿Cómo nos vemos los antioqueños? Geografía humana, apropiación territorial y diversidad cultural	
Orián Jiménez Meneses	103
La fotografía en Antioquia: carne y hueso para un mito	
Sol Astrid Giraldo E.	137
Los antioqueños vistos por sus cronistas	
Juan José Hoyos	177
Índice onomástico	217
Reseña de autores	219

Presentaciones



Presentación

Sergio Fajardo Valderrama Gobernador de Antioquia

Con 200 años de edad: Preguntarnos por quiénes somos

Nos ha correspondido la suerte y el honor de estar al frente del gobierno del Departamento de Antioquia en el momento de conmemorar los 200 años de su independencia. Hemos afrontado la celebración con un convencimiento: Se trata de una oportunidad para mirar el pasado con respeto y como fuente de aprendizajes, de un período de reflexión y debate para identificar los retos y tareas pendientes, a fin de avanzar hacia la Antioquia que queremos: más educada, más justa, más democrática y en paz.

Con la certidumbre de que volver la mirada sobre sí para conocerse mejor es un buen paso, desde que empezamos a pensar en la efeméride estuvo claro que una de las preguntas que queríamos contestarnos era cómo somos los antioqueños y antioqueñas hoy. Hay suficiente evidencia empírica para pensar que ya somos muy distintos de aquel pequeño grupo de pobladores que construyeron este departamento en sus primeros pasos. Pero, ¿quiénes somos en verdad? ¿Cuáles de los estereotipos con que nos han y nos hemos identificado tienen sustento real? ¿Cuáles son los retos, aspiraciones, valores de las generaciones actuales de antioqueños y antioqueñas? Tales interrogantes requerían una acción investigativa de profundidad que se concreta en este estudio coordinado académicamente por Eafit y financiado de manera generosa por Sura.

En ANTIOQUIA LA MÁS EDUCADA nos acompaña la certeza de que la diversidad es una de las características más valiosas de nuestra población. Hoy es claro que nuestra región no es sólo montaña; es también mar, selva, río y páramo, es ciudad y es campo, todo eso en una mezcla dinámica, vibrante y vital. Estos estudios y los foros y debates realizados han contribuido a sustentar esa idea.

Lo que se compila en este libro es una mirada sobre quiénes somos hoy. Es un aporte a las actuales y futuras generaciones para entender con mayor profundidad y certeza quiénes poblamos hoy esta geografía generosa, extensa y multicolor. Pero hay también mucha información que requiere ser decantada, pasada por el cedazo del análisis juicioso. Corresponde a académicos, gentes de las artes, la ciencia y el pensamiento, de la política y la economía, sacar lecciones de esta información y volverla herramienta provechosa de transformación.

Presentación

Gonzalo Alberto Pérez Rojas

Presidente Suramericana S.A.

Conocerse a sí mismo es un paso necesario para crecer; sin la conciencia de lo que se es, no es posible estimular lo que nos impulsa o contener aquello que nos limita para alcanzar un desarrollo continuo. Con esa convicción, Suramericana respaldó la publicación *Antioquia Imaginada. Pertenencia, narraciones de identidad y representaciones sociales*, un trabajo coordinado por la Escuela de Ciencias y Humanidades de la Universidad Eafit.

Como resultado nos encontramos frente a una mirada interesante e integral a los habitantes de Antioquia, que permite revisar el imaginario que tenemos frente a ellos, sustentado en factores sociales, políticos y económicos. Logramos así una visión de los pensamientos, comportamientos, creencias, hábitos, preocupaciones y anhelos, del grupo humano que da vida a esta región de Colombia. Y surgen a partir de allí múltiples posibilidades y retos de aprendizaje, de inspiración, de acción, derivados de una identidad contemporánea y diversa, que plantea desafíos para el futuro de las comunidades.

En Suramericana creemos que la gestión empresarial trasciende el ejercicio único de

la proyección en el mercado, asumiendo nuestra responsabilidad como un actor determinante en la sociedad. Este espíritu, que se traduce en múltiples acciones, se manifiesta también en nuestra vocación de promover el conocimiento y la cultura en los países donde hacemos presencia. Esperamos que en esta publicación el lector encuentre elementos útiles de reflexión y le lleven a contribuir desde su actuar individual y desde su quehacer, a la construcción colectiva que permite que una nación sea cada vez mejor, como legado a las siguientes generaciones.

Presentación

Juan Luis Mejía Arango

Rector Universidad Eafit

Celebramos una Antioquia plural y diversa

Antioquia se escribe en plural y se dibuja diversa. En este presente caben el blanco, el mestizo, el indígena, el afrocolombiano, el campesino o el ciudadano.

Esta es la Antioquia universal, de las mujeres y de los niños, la región montañosa y marítima, la que lucha contra la inequidad y cree en la educación, la que se siente orgullosa de su historia, y está convencida de que al futuro se llega por la vía del crecimiento sostenible y el respeto por el medio ambiente.

Y en esta Antioquia nos correspondió existir. Tras 200 años de retos y de desafíos llegó el momento de mirarnos al rostro y de preguntarnos por lo que somos, por lo que creemos, por los valores que nos formaron, por la manera en que concebimos el país e, inclusive, por si confiamos o no en los demás.

Por eso, cuando a EAFIT se le invitó a participar de esta investigación, un sí incondicional fue la respuesta porque aunque nuestro compromiso habla de una institución abierta al mundo es en Antioquia donde están las raíces y desde donde

contribuimos al progreso social, económico, científico y cultural del país.

En esta Antioquia en plural cabe el otro, el que piensa diferente, aquel que quiera construir y el que hace la paz desde lo cotidiano. Este no es un departamento de pocos, es una región de muchos. Este es un departamento innovador, un lugar donde cada mañana, cada tarde y cada noche se transforma a Colombia.

Y esta es la región que celebramos. El reto de acá en adelante es uno: seguirnos indagando por quiénes somos, tanto hombres y mujeres, porque solo desde el plantearse preguntas es que las sociedades crecen y se encaminan hacia la excelencia.

En uno de sus primeros ensayos, publicado en Buenos Aires en 1932, el escritor argentino Jorge Luis Borges señaló, parafraseando al historiador británico Edward Gibbon, que la prueba incontrovertible de que el Corán es un libro árabe es el hecho de que en él no aparecen camellos. Al ser escrito por Mahoma, un nativo de Arabia, el profeta no tenía por qué saber que estos animales eran especialmente “árabes” o signos reconocibles de una “condición árabe”. Razonaba Borges que estos eran parte de su realidad y que él no tenía razón para presentarlos como prueba de su pertenencia o de la pertenencia de su obra a tal o cual cultura. “En cambio”, según Borges, “un falsario, un turista, un nacionalista árabe, lo primero que hubiera hecho es prodigar camellos, caravanas de camellos en cada página”. Concluía que Mahoma podía estar tranquilo, pues sentía que podía ser árabe sin camellos.

El anterior argumento alude a tal referencia para atacar la idea que define la identidad como cuestión equivalente al color local, a las culturas populares, nunca auténticas y más bien artificiosas, a las invocaciones ceremoniales de un pasado que tiene más de fabricación que de fuente primordial. Buscaba Borges con su argumento, como se ha explicado en los diferentes estudios sobre el discurso americanista de la primera mitad del siglo XX, que argentinos y latinoamericanos no perdieran el derecho a la cultura occidental, supuestamente en aras de mantener la tradición.

De manera semejante, deberíamos sospechar de toda idea que encierre la cuestión de la identidad, mediante los intentos de unificar lo diverso, solidificar lo cambiante o naturalizar las creaciones humanas, en gran medida libres y contingentes. Eso, creemos, hizo la Unesco en 1997 cuando definió la cultura como “las maneras de estar juntos”. La mirada ya no se enfoca en un supuesto ser nacional o regional, sino en el estar. Ya no se trata de ubicar prototipos o representantes, sino más bien de mirar las distintas configuraciones de las relaciones sociales. No se pierden esfuerzos en congelar la realidad en un modelo; al contrario, se propone tratar de entender el cambio social y sus factores.

En ocasiones, desviamos la mirada sobre el mundo de la vida y nos zambullimos en las narraciones y representaciones que otros –con incidencia mediática y presencia en los discursos institucionales– han construido en pos de definir o interpretar la trayectoria, el espacio y los rasgos de la gente que ha estado y pasado por una región que no fue la misma durante dos siglos.

Cuando se hace esto, debe tenerse una desconfianza inicial, aquella que, de manera similar a lo que ocurre con los camellos mahometanos, descrea de la estabilidad de los rasgos exteriores de una cultura o una región y, correlativamente, de su efectiva captación y representación. ¿Qué es lo antioqueño? ¿Hay una manera de entender a Antioquia? ¿Se trata sólo de una convención de orden geográfico que nos permite reunir los más disímiles e incompatibles elementos? ¿Basta con historiar las representaciones o con localizarlas en puntos y orígenes

específicos para evitar los estereotipos? Sin duda, este es un comienzo, pero se hace necesario formular críticas a partir de nuestras visiones contemporáneas, las cuales se han hecho conscientes de esas limitaciones y formulan nuevas vías para el debate.

Este trabajo hace parte del proyecto de investigación *Valores, representaciones y relaciones sociales en Antioquia*, realizado por la Universidad EAFIT, gracias a la iniciativa de la Gobernación de Antioquia, al apoyo de la compañía Sura, y con motivo de la conmemoración de los doscientos años del Acto Absoluto de Independencia de la Provincia de Antioquia. El libro, dividido en cinco capítulos, responde a la necesidad de acompañar con reflexiones ensayísticas la investigación sobre creencias, instituciones y normas basada en encuestas y trabajos de corte experimental y etnográfico. Una especie de complemento hermenéutico y cultural que implica una aproximación histórica.

Las representaciones de que tratan los textos se han agrupado en varios conjuntos temáticos: historias, ensayos, cartografías, crónicas, fotografías. Son estos y no otros por el simple poder arbitrario de lo que está a la mano, que se impone cuando se requiere acudir rápidamente a una parte del acervo cultural representativa.

Estos focos de interés y el tratamiento dado a las fuentes en este libro exigen algunas aclaraciones. La primera de ellas tiene que ver con la temporalidad que cubren los distintos acercamientos y con el ordenamiento que dan a la narración y a la descripción que hacen. En primer término, tenemos reflexiones y análisis de acontecimientos y procesos de ciclo largo, que se ocupan de representaciones en activa circulación durante de dos siglos y se proyectan hasta nuestros días, mostrando el modo como las representaciones construidas a lo largo del tiempo se articulan con lo dicho en tiempos recientes acerca de la vida y las costumbres en Antioquia. De igual manera, es de resaltar que los textos, al analizar distintos conjuntos de objetos (historias, mapas, relatos de viajes, crónicas, álbumes, artículos de costumbres, ensayos), no eligen una perspectiva cronológica lineal, pues no exponen la sucesión de representaciones tal como se ha dado históricamente. Más bien, las agrupan y las exponen en constelaciones simbólicas, procesos o nudos conceptuales significativos. De manera que el lector verá reaparecer algunos temas en varios textos, sin que, necesariamente, la presentación siga el orden cronológico o se afirme que tal o cual cuestión pertenece al dominio historiográfico, literario o periodístico. Así, la pregunta por la vocación práctica o asociativa de la gente de Antioquia, la influencia del territorio, la inclinación por el comercio, la inmigración, la minería, la influencia de la Iglesia o la cuestión racial reaparecen en distintos momentos, espacios y discursos y se tratan con herramientas provenientes de varias disciplinas.

La segunda aclaración nos remite al cruce de percepciones y autopercepciones, la estrategia de cotejo más recurrida por los autores, lo que les permite

atacar prejuicios y mostrar de manera más certera lo que se ha dicho y criticado de la imagen identitaria en Antioquia. Para ellos, es evidente la necesidad de co-tejar representaciones realizadas por antioqueños con comentarios, opiniones y textos de personas originarias de otras regiones o, incluso, de otros países. Por tal razón, las visiones sobre Antioquia que se recogen en este libro pueden combinar las apreciaciones de habitantes que anclan su reflexión en el sentimiento raizal, como Fernando González o Gonzalo Arango, con los conceptos de un boyacense como Armando Solano, un caleño como Luis H. Fajardo, una bogotana como Soledad Acosta de Samper, un norteamericano como Frank Safford o un francés como Charles Saffray. Incluso, interesantes visiones de proximidad y lejanía se dan en antioqueños trasladados a la capital colombiana, como Cayetano Betancur y Tomás Carrasquilla, quienes articulan su visión a partir de contrastes y nostalgias que se hacen evidentes en sus escritos.

De hecho, esta coincidencia del viajero y el intelectual que ensaya una comprensión de la región puede llevarnos a una primera cuestión significativa que une estas representaciones. Muchos intelectuales, hombres y mujeres de letras o de ciencia realizan sus representaciones territoriales, psicológicas, sociológicas o historiográficas mientras caminan, anotan y consignan lo que ven y oyen. Por ello, tienen un punto de vista que podríamos llamar “móvil” y que contradice la extendida creencia según la cual el discurso identitario es estático y monolítico. Sea en el diario de viajes, en la bitácora, en el cuaderno, en la fotografía o en la acuarela, todos ellos soportes dinámicos y aptos para la captación de lo efímero, vemos imágenes, narraciones y descripciones que son fundamentalmente cambiantes. Si se quiere, los escritos que aquí aparecen transmiten un primer acuerdo sobre el discurso identitario: su movilidad, su profunda predisposición para la transformación y las oposiciones. Una especie de inestabilidad interpretativa que se confirma si pensamos en la fuerte presencia que tiene en la pregunta identitaria la narración, estrategia representacional dinámica por excelencia, pues es la que nos da, mejor que ninguna otra, una imagen del tiempo, ese hilo metafórico en el que entendemos las acciones humanas.

La tercera aclaración tiene que ver con el origen social de las representaciones estudiadas. Si bien existe la idea de que la imagen de Antioquia creada a lo largo de los años es producto de unas élites que tenían el control de la máquina representacional y poseían los medios para hacer circular e imponer sus imágenes, existe también la idea de que las construcciones identitarias tienen amplio recibo en las culturas populares y que son estas últimas, en gran medida, las que las activan y mantienen como fuerzas actuantes. Aunque ninguno de los textos apunta a dirimir esta cuestión, sí es evidente el interés por escamotear a la cultura de élite las imágenes sobre personalidad, territorio, historia y sociedad antioqueñas. Por ello, en muchos casos, los autores eligen representaciones que no necesariamente pertenecen a la alta cultura. La historia divulgativa, el

ensayo impresionista, la crónica periodística y la fotografía documental están lejos de las formas canónicas y quizás, por ello mismo, permiten otear fracturas, distorsiones y paradojas que no se percibirían en la cultura oficial o formal de las artes, las ciencias y la academia. El humor, las festividades populares, las telenovelas, los encuentros deportivos y la publicidad están obligados a convivir con el arte, la novela, la filosofía, la sociología y la antropología, para hacer más eficaces nuestras claves de lectura.

Finalmente, debemos hacer algunas precisiones sobre el tratamiento dado a la información presentada por los autores, luego de sus pesquisas y hallazgos, lo cual nos remite al proceso de investigación llevado a cabo antes de la compilación de estos trabajos. Si bien los autores aprovechan en sus textos sus procesos de lectura e investigación personal en la academia, los cuales les han permitido conocer detalladamente los temas presentados, se convino en dar al lector unos textos que, si bien remiten a un generoso acopio de datos, optan por la síntesis, por la presentación divulgativa y por las estrategias amables de la forma ensayística. De modo que las referencias, muchas veces fatigosas en el discurso académico, aparecen aquí reducidas a lo esencial y para que el lector tenga pistas sobre las fuentes más relevantes de la discusión.

Hablar de la pertenencia, de aquello que nos afilia con quienes nacieron y vivieron en nuestra misma tierra o comparten valores, símbolos y narraciones de comunidad, es el objetivo de este trabajo. Los autores de los textos que lo componen han querido interrogarla sin concesiones ni dudosas adscripciones a una supuesta identidad cerrada y única que pudiera agruparnos a todos.

Representaciones sobre el
pasado de Antioquia

Juan Carlos Vélez Rendón

Instituto de Estudios Políticos
Universidad de Antioquia

En un breve pero significativo *Ensayo sobre la geografía* publicado en 1809, José Manuel Restrepo (1781-1863) describió la personalidad de los antioqueños a partir de unos rasgos contrastantes, algunos de los cuales estimaba como el motivo de la situación de pobreza de la gobernación. A pocos meses de que se pronunciara la declaración política autonomista que derivó en el fin de la relación entre las colonias americanas y la Corona española, decía el geógrafo, historiador, político y funcionario oficial que

si los moradores fueran industriosos, si calcularan sus verdaderos intereses, esta provincia caminaría rápidamente hacia la prosperidad. Pero el antioqueño, con un cuerpo sano y robusto, con un carácter bondadoso, con unas costumbres sencillas, con una moral ajustada, con aptitud para las ciencias, para las artes y para la cultura, yace en la ignorancia y en la inacción. Sus modales, sus antiguos usos y su lenguaje poco limado, manifiestan a primera vista que es de una provincia interna: sus artes son muy imperfectas, la industria está en la cuna. Es cierto que ama el trabajo, pues ya rompe las duras piedras, corta las colinas, ahonda los ríos y saca el más precioso de los metales; ya con la cortante hacha, la azada, el arado, derriba los bosques, limpia las malezas y abre el seno feraz de la tierra que le brinda mil verdaderos tesoros y riquezas: pero, tenazmente asido a las costumbres de sus mayores poco ilustrados, y lleno de envejecidas preocupaciones, no atiende a los brillantes ejemplos que le dan otros pueblos más civilizados (Restrepo, 2007, 64-65).

Estas palabras evocan parcialmente la imagen que se fue forjando de Antioquia en los informes oficiales de los gobernantes ilustrados Francisco Silvestre (1734-1806) y Juan Antonio Mon y Velarde (1747-1791), pero llaman la atención porque aluden, paradójicamente, a rasgos particulares que, casi un siglo después, serían atribuidos a sus habitantes para explicar las razones de la transformación y del “progreso” de Antioquia: arraigo, sencillez, frugalidad, laboriosidad, búsqueda de independencia y autonomía, vigor e iniciativa para emprender faenas difíciles, pragmatismo, poca inclinación a las “especulaciones” filosóficas, entre otros. Lo que sorprende no es que en ese lapso cambie una forma de valorar aquellos rasgos, sino las razones por las cuales se los convierte en factores para explicar una transformación social, política y económica.

A lo largo del siglo XIX y en parte del XX se publicaron estudios de geografía, biografías, crónicas de viajeros, informes de gobierno, ensayos literarios y sociológicos, así como panfletos y hojas sueltas que aludían a estos aspectos, ya fuera para lisonjear a los antioqueños o para criticarlos abiertamente. Con el tiempo, la referencia constante a esas descripciones logró convertirlas en lugares comunes que se reproducían cotidianamente, a veces sin una relación

directa o apenas aproximada con la realidad que querían representar, es decir, se vaciaron de contenido y se convirtieron en dicho, consigna, eslogan o propaganda, útiles para generar cohesión social en torno a la pertenencia territorial pero también para afianzar formas de identidad en las que prosperaron escondidos el chauvinismo, el racismo y la intolerancia.

El vigor de los lugares comunes sobre Antioquia y los antioqueños resulta, a menudo, de representaciones que se han concebido sobre su pasado, entre ellas, especialmente, de narraciones que han buscado en la historia los elementos para exaltar lo que esta región y sus habitantes han llegado a ser en la actualidad. No sin razón se ha planteado que la identidad se funda más fuertemente donde ha logrado construir un relato, tal como ocurre en esta región. Conviene preguntarse, entonces, si existe una relación entre este relato del pasado y los hallazgos que han establecido los estudiosos sobre la historia de Antioquia.

Los temas a que se refieren aquellos tópicos han sido, en efecto, objeto de tratamiento de la historiografía sobre Antioquia, unas veces para reforzarlos y otras para interrogarlos y cuestionarlos, logrando ir más allá de las frases vacías para descubrir factores que se han asociado para explicar una innegable transformación social, política, económica y cultural. El papel aparentemente ambiguo de la historiografía en la recreación de la historia de la región es comprensible; los estudios disciplinares sobre el pasado han variado debido a que los historiadores, dependiendo del momento, han planteado preguntas diferentes y han intentado responderlas con referentes teóricos, metodologías y fuentes de información variadas. Como se ha dicho insistentemente, el pasado se interroga, se reconstruye y se reinterpreta desde el presente, que es siempre distinto aunque contenga las huellas del pasado. Las respuestas sobre la historia de Antioquia han sido ingentes pero todavía insuficientes, no solo porque Antioquia es un objeto de estudio heterogéneo, móvil y complejo, sino también porque las representaciones historiográficas son cambiantes, variadas y a veces divergentes.

En este ensayo, vuelvo sobre algunos aspectos que se evocan frecuentemente del pasado de Antioquia,¹ pero revisados a la luz de planteamientos de la historiografía. Debo advertir que no propongo una crítica a las representaciones narrativas de los antioqueños o un nuevo estudio sobre la historia de Antioquia o un balance historiográfico sobre la región. Intento, más bien, retomar elementos de cada uno de ellos para contrastarlos, aunque de manera general, superficial, incompleta y no exhaustiva. El texto es selectivo y no pretende la actualización bibliográfica; de hecho, retoma argumentos centrales de autores bien conocidos por un público erudito; sin embargo, se ha intentado obviar las referencias y citas directas de estos autores; al final, en una guía bibliográfica

.....
1 Se usará alternativamente la denominación de gobernación (antes de 1810), provincia (1821-1863), Estado (1813-1815; 1856 -1886) o departamento de Antioquia (1886-2013) considerando a la época a la que se aluda en el texto.

sobre cada uno de los acápite se los podrá identificar. Los aspectos que se desarrollan en el texto están relacionados y pueden vincularse en un eje narrativo temporal, pero no debe esperarse una narración cronológica y ordenada de ellos. Para concebir este texto, me inspiré, fundamentalmente, en las enseñanzas de las profesoras Beatriz Patiño Millán (1952-2012) y María Teresa Uribe de Hincapié, estudiosas incansables de Antioquia; ellas, desde luego, no son responsables de los yerros y de los planteamientos equivocados.

La “individuación” del origen

Buena parte de los textos sobre el pasado de Antioquia, que se publicaron a lo largo del siglo XIX, contenían reflexiones que, en general, carecían de sistematicidad y rigurosidad, y desconocían convenciones disciplinares predominantes en la historiografía de la época. Se trataba, en la mayoría de casos, de opiniones orientadas al ensalzamiento o al cuestionamiento de la idiosincrasia de los antioqueños, motivadas más por el afán de la polémica que por la necesidad de ahondar en el estudio de la historia. Debieron darse la experiencia política federal (1863-1886) y el retorno posterior al modelo centralista (1886-1991) para que surgiera el interés por concebir una historia específica sobre Antioquia.

Uno de los primeros trabajos que concibió un relato propio sobre Antioquia, organizado, sistemático, más riguroso que los anteriores y con un propósito científico, fue la *Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia en Colombia* de Manuel Uribe Ángel (1822-1904). En la “Advertencia” que precedía su estudio, el médico, geógrafo, escritor y político indicaba que el “país” de Antioquia era poco conocido, mal estudiado,

con su historia “esparcida” y sin un “cuerpo compacto”, razón por la cual se propuso emprender una obra sobre la época precolombina, la conquista y la geografía del Estado (1885, xi-xii). Unos años después, en 1901, Álvaro Restrepo Euse (1844-1910), cuestionaba en su *Historia de Antioquia* la idea según la cual Colombia era un “cuerpo homogéneo”, idea que soslayaba el hecho de que las provincias (desde luego que entre ellas Antioquia) “tenían distintos caracteres, costumbres y forma política, que provenían de las cualidades de las razas originarias, de la manera como se verificó la conquista en cada una de ellas, de las condiciones morales y sociales de los centros colonizadores y de los medios físicos en que se desarrollaron las facultades de los habitantes”. En consecuencia, Restrepo Euse escribió una historia que comprendía desde la conquista hasta finales del siglo XIX y que buscaba ofrecer una “verdad” para desmentir lo que denominaba “opiniones más o menos erróneas e injustas” surgidas de la “imaginación acalorada de literatos y poetas ansiosos de reputación” (1903, 5 y 9).

Más que proponer una crítica al ideal positivista del establecimiento de la verdad histórica, debe resaltarse que en los planteamientos de Uribe Ángel y de Restrepo Euse se advierte el propósito de distinguir el pasado de Antioquia y exponerlo de manera autónoma y diferenciada; en otros términos, se nota una forma de “individuación” del origen que expresa una toma de conciencia sobre la pertenencia y la identidad regional. El anclaje institucional de este propósito fue la creación, en enero de 1904, de la Academia de Historia, Geografía y Arqueología de Antioquia. El intento primigenio de los antioqueños por “pensarse como tales” -como diría Álvaro Tirado Mejía-, se circunscribió en esos años a ciertos sectores sociales que rechazaban los intentos de centralización del gobierno nacional y fue extendiéndose paulatinamente hasta comprender un

grupo social más amplio, en ocasiones derivando en expresiones regionalistas y en reivindicaciones federalistas fundadas en la exaltación acrítica de algunos aspectos del pasado y en el desconocimiento de otros factores todavía no establecidos por la misma historiografía.

Con la aparición en 1949 de *La Colonización antioqueña en el occidente de Colombia* de James Parsons (1915-1997), el desarrollo de los estudios históricos en y sobre Antioquia fue notorio. Las particularidades del denominado “caso antioqueño” atrajeron el interés de historiadores, sociólogos, economistas y antropólogos nacionales y extranjeros; a estos se sumaron, sobre todo en el último cuarto del siglo, los historiadores profesionales formados en departamentos universitarios creados para los estudios profesionales de la historia. Cuando todavía no finalizaba el siglo XX, Jaime Jaramillo Uribe notaba con algo de estupor la existencia del neologismo “antioqueñólogos”, para reconocer la gran cantidad de estudiosos dedicados a esta región del país.

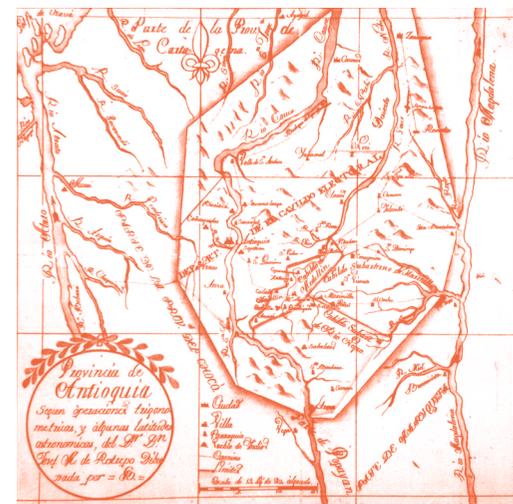


Imagen 1. José Manuel Restrepo. *Provincia de Antioquia según operaciones trigonométricas y algunas latitudes astronómicas*, 1805.

Los estudios sobre el pasado de Antioquia se han referido a una variedad significativa de temas, pero me interesa resaltar los que se sitúan en el revés o en el trasfondo de algunos lugares comunes sobre los antioqueños: la geografía, la sociedad, la colonización, la política, la religión, la economía y la violencia.

La geografía: ¿castigo o acicate?

Antiocha, Antiochia, Antioquía, nombres que evocan una antigua ciudad siria (hoy turca) y que fueron retomados para designar un lugar que, con el paso del tiempo, dejó de ser sitio aislado, distante y de escasa importancia, para denominar un área espacial amplia, crecientemente importante y protagonista en la vida del país. Desde que se la reconoció como “unidad” política administrativa colonial en 1569 (provincia de Entre los Ríos), sus límites han cambiado, aunque a veces se la imagina invariable. La idea que concibe a Antioquia como un hecho dado y estático ha sido cuestionada por estudios históricos que han mostrado, por el contrario, su cambio y transformación. Uno de ellos, el más evidente, se refiere a sus límites políticos y administrativos, cuya variación en el tiempo permite afirmar, con Tirado Mejía, que Antioquia no ha estado “fijada inmutablemente al territorio”.

Para mayor facilidad se la ubica en ese espacio geográfico entre los ríos Atrato y Magdalena, cruzado de sur a norte por las cordilleras Central y Occidental, sus vertientes y las zonas llanas donde finalizan las estribaciones andinas, incluida la franja estrecha de Urabá que se extiende hacia el mar Caribe. En la larga duración, ha tenido límites móviles y cambiantes, y de tal modo que alguien acostumbrado a ver la representación gráfica de las demarcaciones del actual departamento

se asombraría con el mapa hexagonal que publicó en 1805 el ya mencionado José Manuel Restrepo. Por ejemplo, en algo más de dos siglos se le han agregado y segregado áreas espaciales como la antigua ciudad de Arma, Remedios, Amalfi, Yolombó y Marinilla (que hasta 1757 pertenecieron a la entonces gobernación de Mariquita), Zaragoza y Cáceres (que pertenecieron temporalmente a la gobernación de Cartagena), una parte de lo que hoy es el departamento de Caldas (escindida en 1905), Urabá (restituida definitivamente en 1905); la más reciente reintegración fue la del corregimiento de Belén de Bajirá.

Sin temor a ser acusado de determinista, podría decir que, en Antioquia, el espacio geográfico es como un ineludible “principio de las cosas”. La superficie física que comprende aquellos límites políticos y administrativos es uno de los aspectos constantes en las reflexiones sobre el pasado y que se estima, casi siempre, como factor definitivo en la idiosincrasia de sus habitantes. En su *Ensayo sobre la geografía*, Restrepo notaba que la mayor parte del territorio estaba atravesado de manera diversa por torrentes, valles, colinas, montes y cordilleras. Estas últimas, al tiempo que propician una inmensa y variada riqueza natural y ofrecen diversidad de climas y pisos térmicos para toda clase de usos productivos, han constituido históricamente obstáculos considerables a la posibilidad de integración social, cultural, económica y política.

Las características de este espacio geográfico sirvieron, entre otras cosas, para describir el carácter de frontera territorial de Antioquia y explicar el atraso en que se mantuvo, por lo menos hasta comienzos del siglo XIX. Ríos caudalosos, montañas altas, cañones profundos y un clima húmedo tropical en sus zonas bajas conforman efectivamente el esce-

nario a partir del cual se la describió aislada y a sus habitantes dispersos y un poco confundidos con la naturaleza agreste y “poco civilizada” del territorio. A este aspecto, se suma una economía colonial centrada en la explotación aurífera, que durante más de un siglo influyó en la ubicación de buena parte de los pocos asentamientos urbanos en áreas retiradas donde se encontraban los vneros de oro, determinó el poco desarrollo de las vías de comunicación e incidió, por extensión, en el carácter insular y atomizado de la sociedad en esta zona de Nueva Granada.

Producto del relieve físico y del perfil extractivo, desde la época colonial empezaron a configurarse unos “países” internos, en los que se prefiguraban algunas de las que hoy se definen como subregiones. Esos “países”, comunicados precariamente, estaban ubicados en el occidente, en el centro, en el oriente y en el nordeste, alrededor de centros urbanos como la ciudad de Antioquia, Rionegro, Marinilla, Medellín, Cáceres y Zaragoza. Posteriormente, entre los siglos XIX y XX, se conformarían otras zonas con cierta identidad en el norte, el suroriente, el suroeste, el Bajo Cauca y Urabá, aunque algunas de ellas con patrones culturales diferentes a los que sirven para denominar genéricamente lo antioqueño.

Se ha enfatizado en estos aspectos para señalar el que se consideraba carácter tosco y ensimismado de los habitantes de Antioquia, la relativa desintegración de su economía y la falta de buena comunicación interna y externa con el resto de Nueva Granada. Sin embargo, en otros análisis se han relativizado estos factores y se ha demostrado la existencia de rutas, intercambios económicos y vínculos culturales más allá de los límites que imponían aquellos obstáculos naturales, incluso algunos existentes desde la época precolombina.

Las constricciones del espacio geográfico han servido también para fundamentar una de las ideas constantes en la caracterización de sus

habitantes: la capacidad para adaptarse, enfrentar y vencer la adversidad, representada en este caso por la geografía quebrada, difícil y ardua, algo que se insinúa en las palabras de Restrepo. Más que las exaltaciones heroicas del carácter del antioqueño, parece importante destacar que la historiografía ha sugerido que las barreras naturales influyeron por largo tiempo en el carácter localista y en ciertas tendencias aislacionistas y provincianas de sus habitantes, pero también se ha expuesto la manera como esos obstáculos fueron superados cuando los asentamientos (urbanos) coloniales se quedaron estrechos para garantizar la supervivencia de una población creciente y cuando desaparecieron las restricciones legales coloniales que impedían el comercio exterior.

Uno de los ejemplos usados para resaltar la disposición notable de los antioqueños para sobreponerse al relieve físico impracticable, es la colonización (tema sobre el que volveré), la cual permitió desde finales del siglo XVIII ocupar espacios intermedios en Antioquia y trascender los límites formales de la unidad política y administrativa. Habría que agregar, también, el posterior uso recursivo de una geografía difícil mediante el aprovechamiento de las bruzcas vertientes para cultivos comerciales y de las fuertes caídas de los ríos para la generación hidroeléctrica, así como el valor paisajístico y ambiental de buena parte de la geografía antioqueña.

Por ahora, basta con indicar que, como han demostrado algunos estudios históricos, a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX persistieron más o menos incólumes las dificultades impuestas por una naturaleza formidable; en estas condiciones, surgieron formas de integración vertical, es decir, vínculos en espacios relativamente cortos con diversos pisos térmicos, que por algún tiempo favorecieron la existencia de economías con tendencia a la autarquía.

Una sociedad “nueva”

Las palabras de Restrepo, citadas al principio, apenas dejan entrever un fenómeno que, en perspectiva, permite apreciar claramente uno de los fundamentos del cambio de rumbo de la sociedad antioqueña: el surgimiento desde finales del siglo XVIII de lo que se ha considerado una sociedad “nueva”, en el sentido de renovada, de diferente y de reciente. Esta sociedad “nueva” se diferencia de las ya existentes y consolidadas en Nueva Granada, como las ubicadas en el centro/oriente del Virreinato, en el suroccidente y en la costa Atlántica, las cuales tenían mayor tradición productiva, estaban fuertemente estratificadas socialmente y eran importantes políticamente. Para algunos, resultaría tentador fijarse a la idea de que la sociedad antioqueña es diferente o de que constituye una “raza”, pero mucho más importante es tratar de explicar por qué o partir de qué aspectos se la califica como “nueva”. Por esta vía, tal vez pueda intuirse también por qué sus integrantes son considerados, en ciertas circunstancias, como audaces, arriesgados, voluntariosos, laboriosos y tenaces, y en otras, como astutos, ventajosos, tramposos, depredadores y especuladores.

Una de las conclusiones que se puede extraer de la historiografía referida a la Antioquia colonial es que la población estuvo en declive o estancada hasta el siglo XVIII, por la franca disminución de los indígenas, el leve aumento de los esclavos negros y la tímida presencia de los blancos. Sin embargo, desde la segunda mitad de aquel siglo, la sociedad y el espacio correspondiente a la gobernación experimentaron cambios significativos, derivados en general del crecimiento constante de la población, del mestizaje social y de la pau-

latina ocupación del territorio disponible en la provincia. Estos tres aspectos, sumados a una temprana manumisión de esclavos, darían origen a una sociedad con mayores márgenes de autonomía y de independencia, a diferencia de la existente en otras zonas del país donde las instituciones coloniales lograron asentarse con mayor consistencia e introducir fuertes controles sociales.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, las colonias de España en América se recuperaron demográficamente, luego de dos siglos de decrecimiento/estancamiento, explicado en parte por la caída de la población indígena. En Nueva Granada, también se produjo este cambio, aunque con unas características diferentes en la gobernación de Antioquia, las cuales le permitieron sobresalir en el conjunto de las unidades político-administrativas del virreinato. Aunque este factor se toma comúnmente para aludir de manera anecdótica al tamaño exagerado de las familias antioqueñas, revisado en perspectiva podría contribuir también a identificar las causas que explican el crecimiento y el aumento de la importancia de esta zona en el país.

Los documentos que más permiten verificar cambios básicos en la sociedad son los padrones de habitantes y los censos de población. En el caso de Nueva Granada, han sido constantemente criticados por sus deficiencias técnicas, pero las tendencias que se reflejan en ellos muestran el que se ha considerado “sorprendente”, “asombroso” y espectacular” aumento de la población de Antioquia desde los últimos años del siglo XVIII hasta comienzos del siglo XX. Hay consenso sobre este crecimiento y, para ilustrarlo, algunos autores calculan que, mientras durante el gobierno colonial la población tardaba cerca de setenta años para duplicarse, desde finales del siglo

XVIII la población creció a un ritmo sin igual: por ejemplo, entre 1787 y 1905, la población aumentó algo más de diez veces, pasando de 56.072 personas a 651.497, aproximadamente. Un dato aportado por Jorge Orlando Melo y que permite comparar lo notable de este crecimiento es que, en el siglo XIX, hubo lapsos, en los que la tasa de crecimiento demográfico de Antioquia (2.5%) fue un poco superior a la de otras provincias de Colombia/Nueva Granada y aun a la de algunos países europeos que experimentaban beneficios derivados de la revolución industrial.

Uno de los efectos significativos del crecimiento de esta población es que aumentó la proporción de personas de Antioquia en el conjunto del país, la cual pasó del 9% en 1825 al 21% en 1912, lo que, entre otras cosas, permitió el incremento de cargos de representación en cuerpos legislativos nacionales. Desde entonces, la población siguió creciendo en la región hasta llegar a cerca de 3.881.100 habitantes en 1985, cuando finalizó el *boom* demográfico en Colombia y empezó un proceso de estancamiento similar al del país. En la actualidad, cuenta con cerca de 5.761.000 habitantes.

Para explicar el incremento demográfico desde finales del siglo XVIII, se han enunciado factores que reconocen el crecimiento vegetativo y descartan la inmigración nacional o extranjera. Algunos autores lo atribuyen a la situación económica favorable de finales de la época colonial, al mejoramiento de la calidad de vida de los esclavos y al descenso de la mortalidad indígena. También se considera que, a partir del siglo XIX, un porcentaje alto de habitantes pudieron cultivar espacios disponibles en la frontera, de tal modo que la agricultura de subsistencia propició posibilidades de mejor alimentación y de mayor expectativa de vida. Por otro lado, se estima una mayor inclinación a constituir familias, pues la colonización territorial demandaba mano de

obra gratuita, lo que promovía embarazos y matrimonios tempranos. Aunque no se considera crucial, tampoco se descarta el afianzamiento posterior de la Iglesia católica, la regularización de las uniones y la exaltación de la familia como núcleo básico de la sociedad.

La forma como esta población se ha ubicado en el espacio también ha sido objeto de interés de los historiadores. Por ahora cabe enunciar que las tendencias se pueden simplificar en dos procesos globales: uno de ruralización de la población antioqueña a lo largo del siglo XIX, explicado por el carácter multitudinario de la colonización territorial que dio lugar a la fundación de pueblos dispersos y aislados a lo largo de la frontera; el otro, de urbanización durante el siglo XX, explicado por factores tales como la pobreza del campo, la vinculación de mano de obra para obras públicas y para la industria, la atracción de la ciudad, el desplazamiento forzado por la violencia y por el conflicto armado. Este proceso todavía se encuentra en marcha y puede constatar, por ejemplo, en el hecho de que aproximadamente el 60% de la población antioqueña reside en el Área Metropolitana del Valle de Aburrá, aspecto que, por otro lado, muestra la imposición de Medellín como eje urbano centralizador en Antioquia.

El mestizaje, no la “raza”

Cuando se alude a la sociedad antioqueña, una de las palabras más acostumbradas, y más irritantes por cierto, es “raza”, palabra que resulta extraña por las connotaciones que tenía a principios de siglo cuando fue empleada entre periodistas, ensayistas e historiadores, pero mucho más en la actualidad, en usos popularizados y cotidianos en los que, en no pocas ocasiones, denota un sentimiento de afirmación regional en el que anidan formas y prácticas de segregación y racismo respecto de otros grupos sociales. James Parsons, uno de los primeros estudiosos extranjeros del “caso de Antioquia”, consideró el uso de esta palabra como una “herejía etnológica”.

El interés de algunos ensayistas decimonónicos se asoció con el supuesto origen judío o vasco de la población, tema al que aun hoy se le destinan páginas. Algunos autores que hicieron eco de la polémica originada a mediados de ese siglo, deslizaron en sus textos planteamientos que contribuyeron a la idea de la existencia de una “raza” particular, una creación que ha sido contrastada con estudios que se han ocupado juiciosamente de los grupos étnicos que confluyeron en Antioquia. Más que buscar alguna originaria comunidad judía, perdida en las montañas de Antioquia desde el siglo XVI, o de rastrear nombres en un directorio telefónico para constatar la fuerte presencia de apellidos vascos, se han expuesto trabajos de historia más consistentes que permiten identificar otra clave para reconocer el tipo de sociedad que se fue configurando desde finales del siglo XVIII entre las montañas de Antioquia.

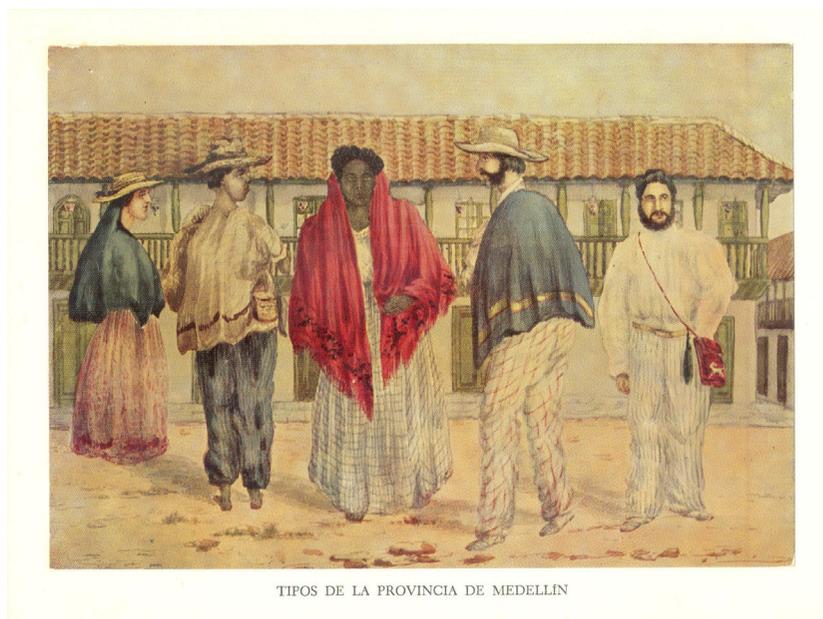


Imagen 2. *Tipos de la provincia de Medellín*. Henry Price, 1852.
Acuarela sobre papel, 17,4 x 24,8 cm.

El mestizaje es uno de los aspectos notorios de la sociedad antioqueña que va surgiendo desde finales del siglo XVIII y que permiten considerarla como “nueva”. Al igual que en buena parte de América Latina, en Antioquia el crecimiento demográfico se dio de manera simultánea con el incremento del mestizaje. Quienes han estudiado los censos, muestran que la población era predominantemente mestiza y mulata, seguida por población blanca y, en un menor porcentaje, por población esclava e indígena. Por ejemplo, en 1807, había aproximadamente 107,294 personas, de las cuales los indígenas eran el 4,5%, los negros el 12,2%, los blancos el 25,5% y los mestizos el 57,7%. Las proporciones han variado poco con el tiempo y se han mantenido más o menos constantes hasta el presente, de tal manera que, pese a las autorepresentaciones de los antioqueños, debe notarse que la mayor parte de la población sigue siendo mestiza/mulata, o “sin pertenencia étnica”, como se dice técnicamente en la actualidad.

En los estudios sobre la historia colonial de Antioquia, se ha demostrado que los miembros de cada uno de estos grupos étnicos se distribuyeron por el territorio de la gobernación, pero en cada uno de los “países” alguno resaltaba numéricamente, ya fuera por una presencia ancestral indígena, por el alojamiento específico para actividades productivas o por el emplazamiento de sedes administrativas. Así, la población mestiza y blanca predominaba en las zonas altas, hubo una fuerte presencia de la población mulata y negra en las

zonas calientes, costaneras y riberanas, mientras que la población indígena se concentraba principalmente en el occidente, en el suroeste y en Urbá, pero con el tiempo cada uno de estos grupos fue esparciéndose por el territorio. Los procesos intensivos de migración hacia las ciudades y cabeceras urbanas, experimentados a lo largo del siglo XX y en lo que va del XXI, han propiciado una mayor redistribución geográfica de estos grupos étnicos. Las ciudades y principales centros urbanos se “vistieron” de colores, como se expresaba mediante eufemismo el fenómeno de la fuerte migración de población negra al Valle de Aburrá por razones económicas y por el conflicto armado.

La población indígena reducida se ubicaba, principalmente, en los pueblos de indios de Buritica, Sabanalarga, Cañasgordas y Sopetrán (en el Occidente), El Peñol, San Antonio de Pereira y Sabaletas (en el Oriente) y en la Estrella (en el Centro). Estos pueblos fueron sometidos a una fuerte presión de la población no nativa; por un lado, los ganados de blancos, mestizos y mulatos invadían frecuentemente los predios y cultivos indígenas; por otro lado, la convivencia con aquellos grupos propició un aumento del mestizaje. La disolución de los resguardos comenzó en Antioquia formalmente en 1832, pero en medio de dificultades, atropellos, despojos y conflictos que dejaron insatisfechos a los indígenas y a los colonos blancos y mestizos que pretendían sus tierras. Los indígenas, además de ser considerados obstáculos para el “progreso” por la manera de usufructuar la tierra, fueron objeto de intentos de evangelización para sustraerlos de la que se consideraba una “vida salvaje”, “errante” y poco civilizada. Pese a estos intentos y arremetidas contra su territorio y su cultura, los indígenas conservaron, aunque diezmadas, sus propiedades comunitarias y lograron crecer en términos demográficos. Producto de la revaloración de la condición étnica indígena que vino con la Consti-

tución de 1991, ha habido un reafianzamiento de la identidad y una reconcentración espacial que puede advertirse, por ejemplo, en el incremento actual de asentamientos indígenas: más o menos cuarenta “cabildos” indígenas, ubicados principalmente en el Occidente (Dabeiba, Frontino, Uramita), en el Suroeste (Urrao, Jardín, Andes, Ciudad Bolívar, Pueblorrico), en el Norte (Ituango) y en el Bajo Cauca y Nordeste (Tarazá y Segovia).

Un aspecto importante relacionado con el mestizaje, también abordado por los historiadores, se refiere a la ubicación de esta población dentro de una sociedad estratificada con base en categorías sociales y étnicas más o menos estáticas, como la que predominaba durante la vigencia de las instituciones coloniales. Como se ha explicado, el mestizaje fue un factor que dinamizó a la sociedad colonial, pues tendía a eliminar diferencias sociales y étnicas, hecho bastante notorio en Antioquia, donde, por demás, se inició de manera temprana la manumisión de esclavos. La población mestiza era difícil de circunscribir territorialmente y de encasillar social, política, fiscal y jurídicamente; era un grupo al que le incomodaban los intentos de control, es decir, en palabras de alcaldes ordinarios y pedáneos, ingobernable. Como expuso Beatriz Patiño Millán (1952-2012), eran considerados “ociosos”, “inconstantes”, “vagabundos”, “inestables”, de “malas costumbres”, “cavilosos”, “intrigantes” y “provocadores de agravios”, especialmente contra la población indígena.

Ante la debilidad en Antioquia de una estructura de dominación colonial basada en categorías raciales, como la existente por ejemplo en Cauca o Boyacá, las implicaciones sociales, políticas y jurídicas del mestizaje en Antioquia eran notorias: movilidad espacial, social y económica, concretada en grupos par-

ticulares, cada uno de ellos bien identificados en las evocaciones del pasado de la región: mazamorreros, rescatantes, colonos, arrieros, buhoneros, huidos de la justicia, vagos y malentretenidos. Hay un acuerdo entre investigadores en el sentido que esta población mestiza y libre realizaba su vida con mayor independencia, experiencia que se acentuó cuando colonizó la periferia de la provincia.

“Cuando el antioqueño entra al monte, tiembla el monte”

Un aspecto que no se pasa por alto en la revisión del pasado de la población antioqueña tiene que ver con la relación entre el crecimiento demográfico y la colonización de espacios disponibles en la frontera del siglo XVIII. Este aspecto también contribuye a explicar por qué la sociedad antioqueña del siglo XIX se puede denominar como “nueva”, en el sentido en que se asentó en espacios diferentes a los coloniales. El desmonte del bosque secular, motivado por la situación de escasez de tierras, por la búsqueda de oro y por las necesidades de supervivencia de millares de personas, es aún motivo de exaltaciones por la “tenacidad” y “empuje” del antioqueño, así como de críticas por su actitud “depredadora” y “antiecológica”, reclamo anacrónico de conservacionistas contemporáneos. La colonización tuvo impactos, y de gran magnitud, que no pueden reducirse a huera consignas y, por tanto, debe situársela en su propio contexto.

Al igual que en otras áreas de Nueva Granada -como en las bandas occidental y oriental del río Magdalena en las sabanas de la costa, o en áreas circundantes a Tunja-, parte de aquella creciente población emigró hacia la frontera; tal como expuso Roberto Luis Jaramillo, desde los valles de Aburrá y de Rionegro, y

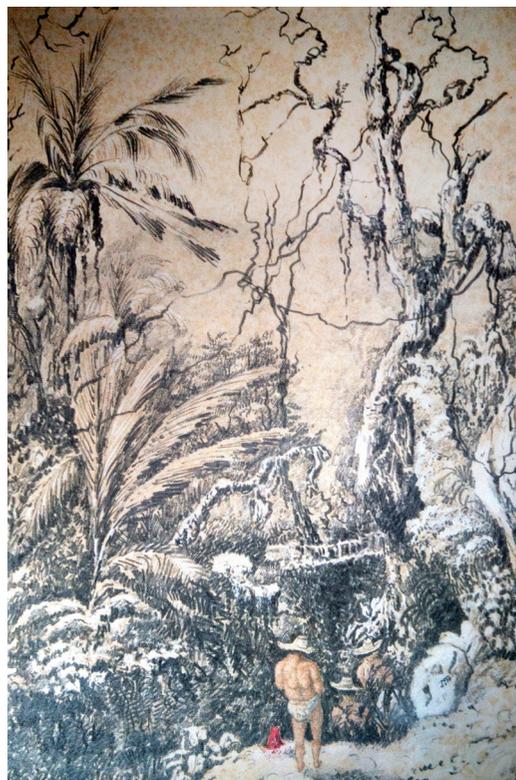


Imagen 3. *Montaña de Sonsón (provincia de Córdoba)*. Henry Price, 1852. Lápiz y acuarela sobre papel, 28.22 x 19.5 cm.

del área inmediata a la ciudad de Antioquia, centenares de colonos necesitados se internaron en selvas y derribaron bosques en el norte, el oriente y el sur de la provincia. Hacerlo requirió del arrojo, temple y aspiración de los necesitados, así como de pocas herramientas y abastecimientos, semillas y sal, equipaje suficiente del colono para internarse solitario y por largas temporadas en selvas deletéreas. La colonización de estos espacios en las vertientes de las cordilleras Occidental y Central, y en las riberas de los ríos Cauca y Magdalena, permitió la definición más concreta de los denominados “países”, la activación productiva de parte del territorio periférico y su transformación en frontera agropecuaria.

Más allá del mito, que generaliza, homogeniza, simplifica, unifica y elude las preguntas, en las

investigaciones sobre la historia de aquellos procesos se ha constatado que los flujos colonizadores fueron desiguales y que variaron considerando la organización que los precedió, la estructura rural que crearon y los conflictos que provocaron. Un rasgo diferenciador de Antioquia en el conjunto de Nueva Granada es la concesión de tierras por parte de autoridades estatales, aspecto que permitió introducir un “elemento ordenador” en la considerada “caótica penetración de colonos” a las selvas y bosques. De acuerdo con clasificaciones aceptadas, las concesiones fueron otorgadas, por un lado, a empresarios que combinaron su interés por el trazado de vías con la especulación en el mercado de la tierra, con la ganadería y la agricultura comercial (tabaco, quina, añil y café); éstos empresarios contrataron con colonos desposeídos la construcción de caminos y el desmonte de predios a cambio de pequeñas parcelas, de “compañías” de ganado, de contratos de aparcería. A menudo, los colonos se hacían arrendatarios en las haciendas o vendían las mejoras e integraban el flujo migratorio hacia otras tierras aparentemente disponibles, buscando hacerse propietarios. Por otro lado, las concesiones fueron entregadas a cabildos municipales para que las repartieran entre los vecinos; éstos emprendían efectivamente la colonización o vendían sus posesiones a quienes pagaran por ellas. Hubo también un número considerable de colonos que, por su propia cuenta y riesgo, se internaron en selvas y bosques previamente adjudicados, para saquear tumbas indígenas, para practicar la minería aluvial y la agricultura de subsistencia según las temporadas de lluvias.

¿Fue un proceso “democrático”, en el sentido de que implicó la distribución equitativa de la tierra? Esta pregunta motivó una interesante polémica sobre el carácter de la colonización antioqueña que dividió a los estudiosos entre quienes argumentaban a favor de esta idea y quienes ofrecían datos que obligaban, por lo menos, a matizar la exagerada afirmación y a reconocer que hubo sectores sociales que se beneficiaron más que otros. Las adjudicaciones de terrenos fueron, proporcionalmente, mayores para pocos propietarios y menores para un número significativo de colonos. En algunas zonas de Antioquia (principalmente en los valles interandinos y en las riberas del río Cauca), la colonización dio origen a grandes haciendas ganaderas, habilitadas por colonos, que sirvieron para abastecer los mercados de las principales ciudades y centros mineros, no sólo de la provincia sino también de los de sus vecinas (por ejemplo, Supía, Marmato y Quibdó). En otras áreas, la colonización derivó en minifundios y en pequeñas y medianas propiedades que permitieron la conformación de núcleos campesinos, dedicados a la agricultura de subsistencia, al levante marginal de ganado (principalmente cerdos) y al trabajo temporal en haciendas.

Las tensiones y los conflictos presentes en el proceso colonizador se han sintetizado en la célebre frase según la cual este proceso fue de lucha entre el hacha y el papel sellado, retomada por Alejandro López en *Problemas colombianos*. En efecto, no faltaron prolongados y violentos conflictos por la tierra,

provocados por diversas razones: propietarios amparados en dudosas mercedes reales o concesionarios de tierras contra quienes efectivamente las colonizaron; pueblos adjudicatarios contra colonos vecinos de otros pueblos; indígenas contra empresarios o colonos; vecinos por linderos. Sin embargo, debe notarse que en buena parte del suroriente y suroeste de Antioquia uno de los rasgos significativos de estas formas de colonización fue la formación de una estructura agraria con grandes, medianos y pequeños propietarios. Según registros oficiales contemporáneos, el menor índice de informalidad en la tenencia/titulación de la tierra en Antioquia se encuentra en el Suroeste, en el Valle de Aburrá, en el Norte y en el Oriente, zonas de influencia directa del proceso colonizador decimonónico.

La población libre que emprendió la colonización de la periferia de la provincia, en la medida en que logró defender las posesiones de las arremetidas legales y de hecho de quienes poseían títulos de propiedad de dichos predios, pudo realizar una vida con mayor independencia y autonomía. En esta apreciación coinciden los investigadores que plantean que, para quienes aceptaron el “reto de la frontera”, se abrió la posibilidad de una “existencia independiente” y segura; aunque se critique la idea de que la colonización representó una “válvula de escape”, lo cierto es que el acceso a un minifundio o a una pequeña o mediana propiedad creó la alternativa de vida autónoma para millares de personas; en palabras de Beatriz Patiño, la colonización fue formando “una sociedad de pequeños propietarios mestizos y mulatos, a los que la posesión de una parcela de tierra les permitió independencia económica, les abrió el camino para lograr mejorar sus condiciones de vida y posición social y les permitió buscar formas de expresión política” (Patiño, 1991, 74).

Debe notarse también que con estos desplazamientos se produjeron otros fenómenos relevantes para Antioquia y para el país. Por un lado, el surgimiento de un nuevo eje demográfico en la provincia, con fuertes implicaciones políticas y económicas. Por otro lado, la complementariedad entre una economía tradicionalmente minera y una zona agropecuaria nueva, combinación que facilitó el autoabastecimiento y que le dio una enorme ventaja comparativa en relación con otras zonas del país; además, la colonización de las vertientes y los valles interandinos habilitó caminos y redes comerciales que activaron económicamente otras áreas periféricas de Antioquia en una época precapitana. Finalmente, la relación entre crecimiento demográfico y expansión territorial desde Antioquia aportó a lo que Jorge Orlando Melo denomina la “creación de un espacio unificado nacional”, en la medida en que una parte significativa de esta población en aumento se desplazó por el suroccidente creando un espacio continuo hasta el sur del país.

Pueblos y pueblerinos

Las palabras “provinciano”, “montañero” o “pueblerino” son usadas con frecuencia para referirse a los antioqueños. Cuando José Manuel Restrepo decía que los moradores de la provincia no atendían los ejemplos de otros pueblos más civilizados, es posible que también los pensara retraídos y ensimismados. Aunque en algunos casos aquellas palabras son empleadas con una connotación peyorativa e insultante, es frecuente que, entre algunos sectores en Antioquia, se las asuma como se afirma cotidianamente, con “altanería”, “orgullo” y “honor”, y se las incorpore como elemento definidor de la identidad, al lado de accesorios como el “machete”, el “carriel” y la “ruana”. Para explicarlo, tal vez sea útil volver a

la forma como centenares de colonos se fueron asentando en el espacio, dando lugar a pueblos dispersos, relativamente incomunicados y atomizados, en los que fue prosperando una fuerte identidad local. La mayor parte de los antioqueños vivieron en esos pueblos, por lo menos hasta bien entrado el siglo XX, cuando Medellín empezó a convertirse en un foco urbano atractivo y la gente de esas localidades fue llegando a la capital de departamento, pero sin renunciar del todo a su identidad local.

Desde el siglo XIX, la formalización de los caseríos fue una de las acciones más importantes para ejercer control social a lo largo de la amplia frontera en vía de colonización. En este propósito convergieron las autoridades, la Iglesia católica y los integrantes de las élites. Fue igualmente útil para colonos, mazamorreros y comerciantes, pues tales fundaciones atenuaban las enormes dificultades de quienes se internaban en las selvas y bosques de la provincia. El reconocimiento institucional de estos caseríos era, en general, la señal que indicaba el éxito de la empresa colonizadora.

La concentración de la población para un mayor control institucional fue desarrollada desde finales del siglo XVIII y se mantuvo, por lo menos, hasta mediados del siglo XX. El mecanismo principal, como en el resto de Nueva Granada, era promover el trazado urbano, distribuir predios, construir y dotar edificios oficiales y una iglesia, y ponerlos bajo el gobierno de autoridades eclesiásticas y civiles. Los gobernantes locales buscaban controlar a la población someténdola a la vigilancia de la justicia y del clero, al pago de obligaciones fiscales y al cumplimiento de órdenes de conscripción; además, se perseguían las prácticas sociales que ponían en cuestión el orden moral propugnado por la Iglesia.

La fundación y reconocimiento institucional de pueblos también se utilizó por parte de las élites comerciales como estrategia para controlar

a la población con fines económicos. Los caseríos servían a los intereses mercantiles en tanto, en un medio geográfico difícil, ofrecían un lugar que facilitaba el transporte de mercancías para llegar a la frontera o a lugares comerciales como Nare, Mariquita o Quibdó. En los caseríos también se creaban posibilidades de vincular nuevos mercados, sobre todo el que conformaban los mazamorreros dispersos en las selvas de la provincia y los colonos que paulatinamente fueron extendiendo la frontera. Por último, propiciaban el intento por convertir a los “vagos” y “malentretidos” en personas “útiles” y “productivas”.

Las fundaciones propiciaron la legitimación de nuevas élites locales que, más que ampliar la base social del poder existente, lo fueron dispersando en la medida en que se extendía la frontera colonizadora y se fundaban nuevos pueblos que buscaban autonomía con respecto a la ciudad de Antioquia, de Medellín, Marinilla o Rionegro. Tal como expuso Víctor Álvarez Morales, ese fue el caso, por ejemplo, de Santa Rosa, de Manizales, de Sonsón o de Jericó, donde se conformaron élites locales que buscaban diferenciarse de las ya establecidas desde la época colonial.

No puede perderse de vista que el reconocimiento oficial de los pueblos también favoreció el surgimiento de espacios de “equilibrio jurídico”, pues sirvieron de punto de encuentro y solución de conflictos territoriales entre colonos y propietarios. Aunque en ellos no existían autoridades judiciales que fallaran en última instancia sobre estos pleitos, sí fueron surgiendo formas de solución de conflictos en las que se acudía al buen criterio de las partes y de un tercero neutral, formas que fueron configurando un Estado patrimonial en las zonas de colonización.

Los colonos y campesinos que participa-

ron en estos procesos también se beneficiaron con cada fundación y con el reconocimiento institucional de las autoridades coloniales o republicanas. Más allá de la posibilidad de acceder a una pequeña parcela, aquellas personas lograron un reconocimiento civil dentro de las nuevas instituciones republicanas que buscaban establecer la ciudadanía y la representación política para cargos electivos. En esta medida, más allá de su condición étnica, podían reivindicar una serie de derechos y participar en ese nuevo espacio de lo público en el que se dirimían los asuntos cotidianos de interés local. Dada la simultaneidad de procesos que provocaban la movilidad, como la colonización, la Revolución de independencia y las guerras civiles, debe reconocerse que la fundación de pueblos fue un factor de estabilidad política y social.

Jugadores, bebedores, pleitistas, facinerosos e ingobernables

En los lugares en que se fue asentando esta población flotante, las autoridades civiles y religiosas fueron estableciéndose lentamente desde finales del siglo XVIII, tratando de imponer el orden y la ley para vivir en policía. En algunos de ellos, debido a una fuerte presencia de instancias de control, se realizaron procesos más o menos exitosos de incorporación institucional, mediados por la selección de habitantes, por la construcción de iglesias y escuelas, así como por el establecimiento de vínculos económicos eficaces de subordinación económica. En el “país” del Norte, por ejemplo, las lógicas contrarias que creaba una minería móvil y una agricultura y ganaderías sedentarias, fueron atenuadas con formas de control para evitar juegos y demás conductas que contravenían el orden

social. En general, podría decirse que este también fue el caso de varias parroquias del Oriente y del Suroeste, en las que élites locales crearon, entre otros mecanismos, sociedades para la educación y la moralización de sus habitantes, grupos amigos de la temperancia, compañías de ganado y relaciones de compadrazgo que propiciaron vínculos sociales que fungían también como formas regulatorias de la vida cotidiana. Sin embargo, también hubo espacios que escapaban a estos instrumentos y se constituyeron en lo que algunas autoridades denominaban “refugios” de bandidos y facinerosos.

Sin embargo, en otros pueblos situados en las vertientes cordilleranas de los ríos Magdalena y Atrato, en las zonas bajas del Nordeste, del Bajo Cauca y posteriormente Urabá, la situación fue diferente. Pese a la existencia de distritos parroquiales como Cáceres, Remedios y Zaragoza, lugares aledaños persistieron como sociedades de frontera, en parte, por lo agreste del territorio, porque había sido poblado por cimarrones y huídos de la justicia, por la transitoriedad de sus habitantes vinculados a la inestable explotación minera, por la situación alejada del centro institucional de la provincia y por la indeterminación de la jurisdicción civil y religiosa encargada de ejercer control. Para referirse a los territorios que intentaban gobernar, alcaldes y sacerdotes los señalaban, a veces, como pueblos “sin Dios ni ley”, expresión que sintetizaba lo que realmente eran formas cotidianas de oposición y resistencia de algunos habitantes a valores, parámetros de conducta y bandos de policía que intentaban regular prácticas sociales habituales en las zonas de frontera. A veces, estos intentos de regulación desataban tal reacción social, que los pobladores eran directamente calificados como “irreligiosos”, “desconductados”, “facinerosos” y “rebeldes”.

Pese a las diferencias entre los parámetros de orden colonial y republicano, algunas prácti-

cas sociales siguieron siendo perseguidas en zonas donde se establecieron con mayor éxito las instituciones de control y en áreas en las que la gente aspiraba a vivir con mayor autonomía. En palabras de un alcalde local de la época, se trataba, en ciertas circunstancias, de personas que confundían el principio de libertad, conquistado desde de la guerra de Independencia, con el “libertinaje” entre gentes “refractarias” a la ley.

En general, en unas y en otras zonas, se buscaba evitar que los individuos provocaran escándalos y pependencias, evadieran impuestos, incurrieran en la vagancia, el consumo de bebidas, el juego prohibido y en formas irregulares de vida en pareja. Con algunas diferencias, esta situación se repitió a lo largo de los siglos XIX y XX, y más intensamente en los lugares de Antioquia que ocupaban un lugar periférico respecto de esa zona delimitada entre la ciudad de Antioquia, Medellín, Santa Rosa, Marinilla, Rionegro, Sonsón y Jericó.

Pese a la constancia con que se intentaban poner en práctica formas de control social, algunas conductas y situaciones siguieron dándose, tal vez con más regularidad de la aceptada oficialmente. En algunos casos, se trataba de personas inclinadas al juego, a la bebida, a las relaciones “ilícitas” y a los bailes, lo cual reñía con los parámetros de la moral cristiana compartidos por algunas autoridades temerosas de lo que se denominaba “la relajación de las costumbres”. Desde la perspectiva oficial, el temor no era infundado porque en los pueblos, en general, pero principalmente en sitios mineros, los días domingo o durante las celebraciones de fiestas religiosas o patrióticas, se vendía licor, se jugaba y se bailaba sin consideración alguna a lo que establecían los bandos y órdenes de policía. Aun en las fiestas patronales, las personas reñían, generaban escándalos públicos, gastaban en juegos el dinero que difícilmente

ganaban o el que tenían reservado para cumplir con créditos, perdían sus ropas, sus instrumentos de trabajo, sus casas, y “ponían en riesgo” los matrimonios y la estabilidad familiar.

La dificultad para controlar este tipo de situaciones residía en la frecuencia con que se presentaban, en lo aceptadas que eran socialmente y, sobre todo, en que en ellas participaban, en no pocas ocasiones, autoridades, sacerdotes, integrantes de la milicia, hijos de las familias notables y personas con algún poder; en algunos casos, incluso, las autoridades obtenían beneficios directos por autorizarlas o por tolerarlas. Por esta razón, cuando se iniciaban acciones legales en contra de quienes violaban las normas de policía, era frecuente que las diligencias se interrumpieran o resultaran infructuosas para detener a los sindicados. Lo llamativo, sin embargo, era lo que alguna persona perspicaz notaba: lo más grave no era que con esas prácticas se descuidaran las responsabilidades públicas, sino que con tales comportamientos las autoridades daban una muy mala señal a sus gobernados.

En otros lugares, la relación de las autoridades con los habitantes era tensa porque las personas se oponían a que los fijaran en un lugar, a que les cobraran impuestos, a que les impusieran el matrimonio católico, a que los reclutaran o a que los obligaran al trabajo público. Estos lugares se fueron configurando más o menos al margen del gobierno efectivo, constituyeron lo que algunos funcionarios denominaban refugios permanentes e inexpugnables para las autoridades, y sus habitantes fueron considerados sujetos peligrosos, facinerosos y rebeldes. Aunque eran objeto de preocupación cotidiana, ésta se incrementaba cuando había “amenazas al orden público” y se temía por el partido que tomarían estos sujetos en caso de una guerra civil. La mayor

parte de las veces, las autoridades trataban de controlar estos lugares mediante el uso de la fuerza, tratando a sus habitantes como “enemigos” del orden, pero en pocas ocasiones tenían éxito en sus acciones. Consegían, eso sí, aumentar la desconfianza, el temor y el malestar con todo lo que representaba la autoridad, ya fuera civil o religiosa.

En cualquiera de los casos expuestos, desde el siglo XIX, se fue configurando una relación, por lo menos, tensa entre la ley, quienes la representaba y trataban de hacerla cumplir y los destinatarios de una idea de orden que les resultaba ajena y dictada por autoridades distantes y desconocidas. Una ley que, en no pocas ocasiones, era desconocida por los propios gobernantes, empleada arbitrariamente o usada en función del beneficio personal de quien representaba la autoridad.

El “espíritu de chicana” y la afición a los “pleitos y camorras de escribanía”

Un aspecto que se le pasó por alto a José Manuel Restrepo en su caracterización de los antioqueños, pero que había sido planteado por Francisco Silvestre desde finales del siglo XVIII, era la tendencia a iniciar pleitos legales y a enredar los procesos judiciales, impidiendo el trámite efectivo de la justicia. Este aspecto fue retomado con bastante fruición por algunos ensayistas decimonónicos, que lo identificaron como un rasgo marcado y extendido socialmente. Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos, 1825-1884) la denominaba “afición a pleitos y camorras de escribanía” o “espíritu de chicana”, es decir, esa “diversión exquisita” de la “generalidad de los individuos” para litigar y para ocupar a los “guerrilleros del papel sellado” (Restrepo, 1972, 158-159).

El espíritu de chicana se debía, según unos y otros, a la existencia de “papelistas”, “tinterillos” y “rábulas” que se lanzaban al foro sin cursar estudios de derecho y jurisprudencia, y terminaban oscureciendo la interpretación de la ley, embrollando los procesos y haciendo costosos e interminables los trámites judiciales, con el agravante de que azuzaban a las partes y las dejaban sin sus bienes porque debían pagar los costos de sus servicios. Estos personajes eran solicitados, principalmente, por las personas pobres y analfabetas, que no contaban con recursos económicos para pagar a un abogado letrado. La situación era más compleja porque, al parecer, en ellos también se apoyaban, con no poca frecuencia, los ignorantes alcaldes locales para iniciar los trámites judiciales de su competencia. Eran pues, pese a los estigmas de los ensayistas, protagonistas locales del ejercicio del derecho y de la justicia.

Para otras personas, los problemas judiciales se debían a la enorme influencia que venían adquiriendo los abogados en los asuntos cotidianos, al encarecimiento de los costos de los procesos que implicaba su intervención y a la dudosa ética que regía las actuaciones de algunos de ellos; se planteaba que había quienes se vendían al más poderoso, prostituían sus delicados oficios, corrompían la fe pública con certificaciones falsas y sacrificaban a los inocentes pobres. Ya fuera como abogados en funciones privadas o como jueces, a menudo se los criticaba porque conocían bien a los autores europeos que estudiaban en los colegios y universidades, pero desconocían enteramente las realidades del país en el que debían ponerse en práctica las leyes.

Otros analistas, aunque no descartaron la influencia de estos actores centrales del derecho, postularon que el origen de los problemas judiciales (lentitud, embrollos y costos) se encontraba en las leyes. El mismo José Manuel Restrepo comparaba el cuerpo de leyes con un “edificio

gótico medio arruinado”, aludiendo con ello a que se trataba de una legislación confusa, compuesta por partes heterogéneas y discordantes. No le faltaba razón si se advierte que, durante buena parte del siglo XIX, en la legislación se yuxtapusieron normas de origen colonial y las promulgadas durante la República, problema patente en las normas de procedimiento penal y civil que rigieron hasta 1837 y 1873, cuando se expidieron los códigos respectivos.

También se consideró que el problema de la justicia residía en la manera lenta, desigual e inacabada con que se llevó a cabo el proceso de establecimiento de las autoridades judiciales en los ámbitos locales. En general, a los abogados letrados les resultaba poco atractivo el trabajo en lugares alejados, lo consideraban mal pagado y preferían actuar privadamente que prestar este servicio público. Asociado a este factor, se contaba el relativo bajo número de abogados, los cuales preferían los cargos altos en la capital del país o de la provincia. En consecuencia, los empleos locales relacionados con la administración de justicia fueron servidos, por mucho tiempo, por personas que, en general, desconocían la ley, se asesoraban con tinterillos y actuaban arbitrariamente en contra de los intereses de los más débiles de la sociedad.

En cada una de estas apreciaciones había algo de cierto, pero el siglo XIX experimentó varios procesos que no pueden ignorarse a la hora de evaluar la actitud de los antioqueños con respecto a la ley, el derecho y la justicia. El primero tiene que ver con el hecho de que, derivado de la colonización, del incremento de las actividades mineras y comerciales, aumentaron los litigios por linderos, por títulos de propiedad de la tierra, por denuncias de minas, por incumplimiento de contratos, entre otros. En un contexto legislativo de normas coloniales y republicanas yuxtapuestas, era probable que estos litigios se embrollaran

porque las partes las interpretaban a su manera y según sus propios intereses.

El segundo está relacionado con la centralidad que, desde el siglo XIX, trató de adquirir el derecho positivo en la regulación de la vida cotidiana de las personas y de las actividades que emprendían. Debía garantizar la seguridad jurídica, es decir, aspiraba a la certeza, la claridad y la prontitud para que los negocios prosperaran y la sociedad “progresara”, tal como lo entendían los liberales de la época. Como se ha insistido, el protagonista central de este proceso era el Estado, que buscaba establecer su soberanía legislativa, representado por jueces que casi siempre lidiaban con el propósito de instaurar normas y procedimientos “modernos”. En estas circunstancias, no solo adquirieron protagonismo político los abogados, sino que, en la medida en que se pusieron en práctica los nuevos códigos, aumentó su actividad profesional y se encarecieron los costos de las acciones judiciales, dejando en un lugar vulnerable a quienes no contaban con los recursos para contratarlos.

Por último, no debe desconocerse que, pese a los intentos del Estado central por establecerse como soberano legislativo, a los esfuerzos de los abogados por imponer el derecho positivo y al interés de las personas poderosas por usarlo a su favor, en los ámbitos locales, todavía persistían vigentes, con un enorme peso inercial, normas, prácticas y procedimientos del derecho antiguo. Además, las personas del común seguían acudiendo a los rábulas y tinterillos, quienes es evidente que se aprovechaban de los que se ponían en sus manos. Pero esto no oculta el hecho de que tales personajes siguieron teniendo las claves para usar aspectos de ese derecho antiguo con el fin de enredar los trámites y para contener, a su modo, la irrupción del derecho moderno,

sobre todo cuando amenazaba los pocos haberes de quienes se consideraban débiles y desprotegidos de la sociedad.

Ciudadanos, a su modo

Durante algún tiempo predominó la idea de que en la sociedad antioqueña la política era un asunto secundario, que interesaba a muy pocas personas. Se afirmaba que la política, entre las clases altas, era objeto de atracción para pocas personas, pues en general a los ricos les interesaban más sus negocios que los asuntos públicos. De los sectores populares se planteaba que tampoco tenían un gran interés en ello. Desde la primera mitad del siglo XIX, era evidente la escasa movilización autónoma de estos sectores, que evitaban inscribirse o ser reclutados en ejércitos patriota o partidistas o participar activamente en procesos electorales. De los esclavos y cimarrones, se afirmaba que expresaban su “malestar” pero de manera desorganizada; de los indígenas, se decía que eran marginales y que era difícil obtener su lealtad; de los campesinos, que eran poco permeables a los discursos que buscaban movilizarlos, aunque fueron la base más significativa de los ejércitos conservador y liberal. En suma, se asegura que si se movilizaban era, en general, por iniciativa de las élites.

Para explicar esta aparente apatía de los antioqueños, se afirmaba que, a diferencia de otras zonas del país, los habitantes de la provincia no dependían tanto de un cargo público o del manejo de los recursos fiscales para asegurar su supervivencia, en parte porque el suelo de Antioquia tenía la riqueza del oro, la frontera abría oportunidades a todos los sectores sociales, existía una cultura del trabajo independiente bastante extendida y era noto-

ria la movilidad social. Aunque no se desconoce la existencia de tensiones sociales y la participación evidente de algunos grupos en guerras civiles en las que expresaban sus expectativas particulares, se advierte que las confrontaciones fueron poco violentas, por lo menos hasta bien entrado el siglo XX.

Un aspecto que parecería confirmar esta actitud de los antioqueños hacia la política, está relacionado con el bajo impacto social y económico de las guerras civiles en su territorio. En general se ha planteado que las élites evitaron inmiscuirse en los grandes conflictos y, por esta vía, habrían logrado neutralizar, por diferentes medios, las acciones armadas de los ejércitos partidistas. Se argumenta que se encontraban concentradas en los negocios y en el desarrollo regional, salvo cuando el gobierno central atentaba contra estos propósitos y se veían obligadas a ir a la guerra.

Todo esto es cierto, pero también debe matizarse. A los antioqueños, de los distintos sectores sociales, sí les interesaba la política, pero entendida ésta en un sentido más amplio. Los sectores populares se expresaban en espacios públicos sobre asuntos de interés público y colectivo local. Este interés se concretaba de una manera más frecuente y extendida de lo que reconocen algunos autores. Por ejemplo, en las reacciones que suscitaban los intentos de un gobierno central por tratar de hacer cumplir sus mandatos en los ámbitos locales. Las personas, individual o colectivamente, de acuerdo con factores diversos, apoyaban estos mandatos, los instrumentalizaban o se les oponían, de manera abierta o silenciosa, incluso apelando al uso de la fuerza. En algunas ocasiones protestaban y reclamaban fuertemente a las autoridades centrales, reivindicando autonomía para gobernarse, sobre todo en algunas zonas adonde se enviaban autoridades ajenas al área. En otras, para rechazar los desmanes y la arbi-

triedad de las autoridades locales, circunstancias que a veces derivaban en acciones violentas contra quienes representaban esa autoridad. La mayor parte de los reclamos se originaba también por la imposición de nuevos impuestos o formas de trabajo público obligatorio, que desconocían acuerdo y pactos establecidos con anterioridad. En cualquier caso, se trataba de hechos en los que estos sectores, expresaban claramente ideas de lo justo y de lo legítimo.

A las élites, por su parte, les preocupaban los cargos de gobierno, no para ejercerlos directamente, sino para incidir en la designación de quienes los debían asumir y en la orientación concreta que debía tener la administración pública. También les preocupaban los asuntos del Estado central, sobre todo cuando sus intereses eran objeto de tratamiento, ya fuera en el poder legislativo, en el ejecutivo o en el judicial. En este sentido, debe plantearse que, aunque se afirme que eran relativamente aislacionistas, no renunciaban fácilmente a ejercer su poder e influencia en distintas circunstancias en que se amenazaban sus negocios particulares. Por lo demás, como se ha afirmado, les interesaba figurar, pero en los ámbitos de mayor importancia política.

Los “ricos capitalistas”

En el panorama de una sociedad “nueva”, móvil, difícil de gobernar, cambiante, ¿qué lugar ocuparon las élites de Antioquia? En el texto citado de José Manuel Restrepo hay una referencia a los “hombres activos e inteligentes” que debían “regenerar” a Antioquia; aunque no lo plantea abiertamente, parece que les dirigiera un reclamo soslayado cuando afirma que la provincia no estaba en la ruta de la prosperidad, debido en parte a que sus habitantes no tenían claros sus verdaderos intereses, eran provincianos, permanecían aferrados a las costumbres de padres

poco ilustrados y prestaban más atención a las que consideraba envejecidas preocupaciones que al ejemplo de pueblos más civilizados. Medio siglo más tarde, en *Costumbres parroquiales en Antioquia*, Emiro Kastos los consideraba individualistas, fríos, avaros, constantes, trabajadores y ávidos de éxito económico, los “ricos capitalistas” que, aun reconociéndose como blancos, no desestimaban las labores materiales y emprendían cualquier actividad con disciplina hasta adquirir independencia y capital.

¿Cómo un grupo social con estas características logró, varios decenios después, desarrollar lo que se ha denominado un “espíritu empresarial”, concentrar poder económico y político, construir un proyecto regional y, posteriormente, tratar de imponerlo en el ámbito nacional? No es mi propósito dar una explicación de cada uno de estos aspectos, aunque sí debo retomar factores clave planteados por algunos estudiosos para intentar dar respuesta a los interrogantes.

No han tenido mucho éxito algunos argumentos que, para explicar la transformación de las élites antioqueñas, privilegiaron la idea de que éstas cambiaron respondiendo a una reacción psicológica para enfrentar la adversidad de la geografía, la privación del rango o estatus social y el menosprecio y la discriminación de sus pares en otras provincias de Nueva Granada. La manera como operó esa supuesta reacción psicológica ha sido difícil de demostrar y, por tanto, ampliamente cuestionada. Por el contrario, han gozado de mayor reconocimiento académico aquellos argumentos que se enfocan, concretamente, en la manera como se conjugaron la geografía, los recursos económicos, la adopción de valores religiosos, una orientación política pragmática y el desarrollo de un fuerte regionalismo.

Es bueno advertir que no se trataba de una sino de varias élites, arraigadas localmente, relativamente restringidas en algunos casos, vinculadas por lazos de diversa índole. Los núcleos familiares de estos grupos estaban ubicados, principalmente, en la ciudad de Antioquia, en Rionegro y en Medellín, cuyos habitantes vivían enfrascados en lo que José Manuel Restrepo denominaba una “ridícula disputa”, palabras insuficientes para describir la existencia de una fuerte rivalidad de los grupos de poder que persistió, por lo menos, hasta mediados del siglo XIX, cuando Antioquia se dividió temporalmente en tres provincias.

En cada una de aquellas localidades, las familias más poderosas tendieron a vincularse mediante matrimonios, negocios y proyectos partidistas, que fueron tejiendo una fuerte urdimbre social, económica y política. Según se ha demostrado, el ingreso a estas élites por parte de personas ajenas a las familias principales era algo difícil si no se poseían blasones, títulos o cargos de gobierno representativos o si no se demostraba éxito económico. También se ha mostrado que las élites políticas y económicas desarrollaron instrumentos para la integración y la dominación social menos verticales que los coloniales, tales como la manumisión de esclavos, el concertaje, los contratos para el comercio menor, para la construcción de caminos, para el desmonte de bosques y para el levante de ganado; contratos de aparcería, peonaje y concierto, así como vínculos de amistad, parentesco y compadrazgo. Es decir, lo que María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez denominaron “dispositivos de poder”.

La puesta en práctica de estos instrumentos de integración y dominación social fue exitosa y es posible que haya favorecido la ambientación de una idea, cuestionada por

cierto, de que entre los antioqueños, independientemente de su condición social, predominaba un principio de igualdad que se aplicaba en todas las labores. Aunque es evidente que entre cada uno de los distintos sectores (incluidas las élites) había una evidente disposición hacia el trabajo, comparada con la de grupos de otras zonas del país, no puede asumirse que esta actitud equivaliese o fuera la condición de una sociedad igualitaria. En Antioquia, desde la época en que la economía se fundamentaba en la extracción y comercialización del oro hasta el lapso en que se estableció la industria, cierto tipo de trabajo pesado, difícil y necesario ha recaído sobre grupos concretos que no son los mismos que se beneficiaban más ampliamente de los rendimientos de aquellas actividades.

A diferencia de otras élites de Nueva Granada, cada una de las de Antioquia tenía, en general, intereses diversificados en la minería, en el comercio y en las actividades agropecuarias. Esta diversificación les garantizó la posibilidad de concentrar poder económico local, pero, como ha explicado Frank Safford, la posibilidad de incursionar en negocios en el país y de proyectarlos por fuera de las fronteras, derivó de su control directo del comercio del oro, uno de los recursos que le aportó mayores divisas a la economía neogranadina de la primera mitad del siglo XIX.

A comienzos del siglo XIX, las élites locales ocuparon los principales cargos de gobierno en los cabildos de Antioquia, Rionegro y Medellín y actuaban con una creciente independencia de las autoridades de la Corona; a la vez, algunos grupos familiares, principalmente situados en Medellín, fueron estableciendo un control entre espontáneo y formal en sitios, partidos y parroquias de la gobernación mediante el crédito comercial y los contratos para la apertura de caminos y el desmonte de bosques seculares. Esta posición de independencia hacia arriba y de control hacia

abajo les permitió también sustraer y concentrar poder político.

Durante la Independencia lograron, en general, una transición menos sangrienta que en otros lugares de Nueva Granada; pese a que hicieron parte de las juntas de gobierno y de los actos constituyentes republicanos, lograron neutralizar la reacción realista violenta, obtener indultos mediante compensaciones económicas y, posteriormente, volver al movimiento patriota que finalmente instauró un nuevo régimen político. Debe notarse, sin embargo, que aquella revolución, que difícilmente rompió jerarquías sociales coloniales, sí propició la impugnación de jerarquías urbanas y desató las antiguas rivalidades entre villas y ciudades, fenómeno que persistió en Antioquia a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, hasta que Medellín logró imponerse como poder centralizador regional en el decenio de 1850.

El fortalecimiento del poder político de algunos integrantes de estas élites después de la declaración de Independencia, se logró mediante alianzas familiares, empresariales o políticas con miembros de grupos de poder capitalinos; así mismo, la apertura del mundo de la política que representó la puesta en práctica del sistema republicano, les permitió la participación en procesos electorales que los llevaron a ocupar cargos de representación en el Congreso y en las asambleas constituyentes. De hecho, algunos de ellos hicieron parte del gobierno central, ya fuera como ministros del despacho o delegados para tramitar préstamos en el exterior, y fueron escogidos desde la presidencia para gobernar la provincia.

En términos de sus adhesiones partidistas, entre los años veinte y treinta fluctuaron frecuentemente, tal como sucedió con otros grupos de poder en el país. Sin embargo, desde la Guerra de los Supremos (1839-1841), la mayor parte de ellos asumieron una posición conservadora en temas sociales, políticos e ideológicos, y liberal en asuntos

referidos a la economía. Por ejemplo, según Estanislao Gómez Barrientos (1850-1931), el comerciante, minero, elector, diputado constituyente y frecuente congresista José María Uribe Restrepo (1790-1854) era un defensor del libre comercio y era el “prototipo del buen conservador”. También se ha demostrado que personajes como Mariano Ospina Rodríguez (1805-1885) defendieron el papel de la Iglesia católica en labores educativas, en particular la de los jesuitas, y en otras labores de control y regulación social y cultural. Promovieron estudios técnicos y apoyaron misiones educativas para establecerlos en la región. En general, se plantea que valoraron de forma más o menos unánime el orden, la propiedad privada y la libertad, y desconfiaron del reformismo social, la participación y la movilización política autónoma de sectores populares. En cualquier caso, se diferenciaron notablemente del perfil político de los conservadores del Cauca, apoyaron algunas medidas de gobiernos liberales y desconfiaron de las posiciones radicales de los curas ultramontanos.

El tipo del “político comerciante”, descrito por Marco Palacios como figura clave en el proceso de formación del Estado nacional en Colombia, corresponde con gran exactitud al político de la élite antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX: aquel que mantenía vínculos con el Estado, era beneficiario frecuente de su política de tierras, de las acciones dirigidas a garantizar la seguridad jurídica en los negocios y de la disciplina social que intentaba establecer, pese a lo cual, expresaba una enorme fe en la autorregulación del mercado, defendía la necesidad del federalismo y desconfiaba de la intervención estatal que no fuera la requerida por él.

En la zona también se conformaron grupos liberales y surgieron figuras reacias a ese

predominio conservador, sobre todo en Medellín y en Rionegro. Considerando la preponderancia política e ideológica conservadora, no puede considerarse paradójico que en Antioquia aparecieran figuras liberales, contestatarias y radicales, aun en el seno de las familias de la élite regional, que propalaron las ideas liberales y socialistas hasta bien entrado el siglo XX. Entre los primeros, Camilo Antonio Echeverri (1827-1887), Juan de Dios Restrepo, Pascual Bravo (1838-1864), Fidel Cano (1854-1919), Rafael Uribe Uribe (1859-1914); entre los segundos, María Cano (1886-1967).

Regionalistas y federalistas

Una reivindicación constante entre algunos antioqueños es el federalismo, que resurge intermitentemente para expresar el malestar con el poder central y reivindicar una autonomía que hipotéticamente nos pondría a salvo de prácticas, problemas y atrasos que se viven en el país. El federalismo, esa “fuerza centrífuga” tendiente a la “regionalización del poder” por medio de la reivindicación de una plena autonomía e independencia políticas con respecto del gobierno central, se ha dado en otros lugares de América Latina y de Colombia, pero en Antioquia adquirió un sentido peculiar, compartido por otros pocos lugares. Se fundamenta en una idea del pasado de la región, que pareciera darle solidez y coherencia a este fenómeno, pero se actualiza constantemente con nuevos sentidos y por diversas razones.

Para comprender este fenómeno, algunos autores estudiaron la experiencia revolucionaria norteamericana, buscando las “fuentes intelectuales” de los criollos que seguían esta idea, pero para descubrir su dimensión social y cultura, no pueden perderse de vista las raíces

nativas del fenómeno, más específicamente, el arraigado localismo de las élites y su capacidad para construir posteriormente un proyecto político regional desde mediados del siglo XIX. Puede parecer contradictoria esta idea cuando se reivindica el cosmopolitismo de algunos de los integrantes de las élites, pero no puede ignorarse que éste se desarrolló precisamente de manera simultánea a la experiencia federal en Colombia (1857-1886), cuando algunas élites regionales buscaron una vinculación directa con el mercado mundial sin la necesidad de un aparato estatal fuerte.

Para caracterizar a las élites predominantes en Antioquia, se realza su pragmatismo, cierta tendencia aislacionista y su capacidad para negociar con los poderes centrales los términos para garantizar la estabilidad política regional. De hecho, algunos autores consideran que, en su relación con ese gobierno central, fue pragmática e instrumental y que desarrolló un “aislacionismo táctico” para mantener la provincia alejada de levantamientos armados y guerras civiles con el fin de proteger negocios y evitar los costos de tales conflictos. Esta estrategia, al parecer, les dio resultado, a diferencia de Santander o de Cauca, donde los efectos sociales económicos y políticos de las guerras civiles fueron mucho más altos.

La élite buscó influenciar los poderes públicos centrales e intentó imponer su proyecto social, económico y político por medio de un modelo federal, objetivo logrado paradójicamente a instancias de las reformas liberales de mediados del siglo XIX. Como ha ilustrado Luis Javier Ortiz, desde 1863 ejerció una significativa “fuerza centrífuga”, es decir, practicó una tendencia a la regionalización del poder que le permitió, hacia afuera del Estado, preservar su autonomía en materia fiscal, educativa y religiosa, y hacia adentro, tratar de imponer su proyecto sobre poblaciones culturalmente diversas y relativamente desintegradas como las descritas atrás.

La consolidación de un proyecto hegemónico por parte de las élites predominantes de Medellín favoreció la aparición de un fuerte regionalismo, que combinó, recreó y usó características socioculturales derivadas de las transformaciones de la primera mitad del siglo XIX. A ellas se asociaban paradójicamente algunos de los rasgos expuestos por Restrepo al principio, aunque actualizados en función de una nueva realidad económica, política e ideológica. Este regionalismo fue aprovechado por las élites en los momentos en los que resultaba conveniente oponerse al Estado central y, al tiempo, fue divulgado paulatinamente entre diversos sectores sociales, que se los fueron apropiando y dándole vida propia, aun en circunstancias anodinas. Esos rasgos socioculturales comprendían la valoración de las labores manuales, el trabajo duro y el esfuerzo individual, el ahorro, la frugalidad y la sencillez, la temperancia, el decoro y la sobriedad, la práctica de los hábitos morales propugnados por la Iglesia, la defensa de la familia, la honra de la palabra empeñada, la preferencia por los conocimientos prácticos.

El lento asentamiento de la Iglesia católica

No es extraño que Antioquia se asocie directamente con religión católica, que se advierta el poder de la institución de la Iglesia en la región y que se identifique a sus habitantes como fieles creyentes; sin embargo, no debería asumirse que siempre fue así, que ese poder ha sido monolítico y de una sola dimensión y que los valores de esta religión han sido introyectados entre las personas de manera uniforme y general. La imagen del antioqueño piadoso, rezandero y circunscrito a los mandamientos de la ley divina corresponde a una fotografía que tal vez capture un momento amplio en algunos lugares, pero

deja de narrar otros instantes en esa extendida, plural y heterogénea geografía antioqueña.

La Iglesia católica es, desde luego, una institución de gran importancia en la vida social, política y cultural de la región, pero esa relevancia es el resultado de un proceso lento e inacabado, de afianzamiento institucional que comienza apenas a principios del siglo XIX y se va asentando desde mediados de dicho siglo. Por lo demás, no ha sido ésta una organización monolítica y homogénea, exenta de contradicciones en su interior; las oposiciones y diferencias entre la jerarquía y el clero ordinario, entre el clero regular y el secular, han existido desde que llegaron los primeros sacerdotes españoles a una tierra que, como se afirmaba en el siglo XVI, parecía “olvidada por Dios”.

A diferencia de otras regiones de América Latina y de Nueva Granada, en las cuales la Iglesia se estableció y logró una temprana influencia sobre la vida cotidiana de las personas, en Antioquia la institución alcanzó tardíamente un poder relevante. Todavía a comienzos del siglo XIX, la institución era pobre y débil, contaba con un número apenas suficiente de sacerdotes, al parecer poco preparados intelectualmente y bastante flexibles en materia del seguimiento del culto. Gozaban, sí, de prestigio y reconocimiento, entre otras cosas, porque se aseguraba que dedicaban más tiempo a atender asuntos económicos particulares que las tareas relacionadas con la cura de almas. Aunque entre las familias de las élites había sacerdotes, con el tiempo estos grupos prefirieron que sus hijos se formaran en el derecho, se dedicaran a las actividades comerciales o realizaran estudios de ingeniería o medicina. Cuando se eliminaron las restricciones para que las personas, indiferentemente de su condición social y económica, hicieran parte del clero, esta institución se convirtió en un importante medio de ascenso social. Hasta hace poco

tiempo, las familias de clase media aspiraban a contar, entre sus integrantes, con un cura, al lado del médico, del abogado y del ingeniero; las más pobres, enviaban a sus hijos e hijas a los seminarios y conventos, al menos para que se educaran y encontraran una forma de vida menos difícil que la del campesino.

Es posible que esa temprana debilidad se debiera a que no existía una unidad administrativa que propiciara un gobierno espiritual más eficiente; de hecho, sobre el territorio de Antioquia tenían jurisdicción eclesiástica las diócesis de Santa Fe, Popayán y Cartagena, las cuales se oponían a la creación de una sede episcopal propia. Pese a las recomendaciones de gobernantes, coloniales y republicanos, la creación de una diócesis en la provincia solo fue posible en 1809, aunque solo la ocupara un Obispo en 1827. A Mariano Garnica Dorjuela (1777-1832), Juan de la Cruz Gómez Plata (1793-1850), Antonio Riaño (1778-1866) y Joaquín Guillermo González (1823-1888), entre otros, les correspondió una fuerte actividad en materia de asuntos administrativos y doctrinales de la Iglesia, de control sobre los sacerdotes y los feligreses, y de manejo de las relaciones no siempre tranquilas con gobernantes liberales. Tal como expuso Gloria Mercedes Arango, por medio de la educación, la vigilancia del culto, los sacramentos y la confesión, fue adquiriendo un poder significativo sobre la vida pública y privada de los propios sacerdotes y de las personas, logrando a la vez un amplio reconocimiento y adhesión social. Este poder creció en la medida en que se fueron creando otras unidades administrativas para el gobierno religioso en Medellín (1868), Manizales (1900), Jericó (1915), Santa Rosa (1917) y Sonsón (1957).

A este lento afianzamiento de la jerarquía eclesiástica, se agrega el hecho de que fueron pocas las órdenes regulares que se asentaron

en la provincia. La presencia de los jesuitas fue intermitente y fugaz, lo mismo que la de los franciscanos y la de los hermanos de San Juan de Dios, entre otros, por lo menos hasta que el tema religioso en el país dejó de ser objeto de fuertes enfrentamientos entre liberales y conservadores a principios del siglo XX. Desde la firma del Concordato (1887), empezaron a llegar comunidades masculinas y femeninas que se establecieron en Antioquia, más que en otras zonas del país. Tal como lo registró Patricia Londoño, las comunidades religiosas procedían principalmente de España, Francia e Italia y se establecieron en buena parte de los municipios que tenía Antioquia por entonces, principalmente en Jericó, Santa Fe de Antioquia, Santa Rosa de Osos, Dabeiba y San Pedro.

Aunque la Iglesia siempre se consideró aliada de los conservadores y fue un factor relevante para su afianzamiento electoral, las relaciones entre la jerarquía católica y ciertos líderes del partido fueron algo frías, en parte porque algunos sacerdotes preferían una actitud política menos protagónica y en parte porque algunos políticos buscaban menos interferencias de los curas abiertamente metidos en la política. También debe decirse que fueron perseguidos por algunos liberales, pero debe notarse que en Antioquia no se desarrolló un fuerte anticlericalismo; de hecho, la Iglesia fue defendida por algunos liberales cuando, desde fuera del territorio, se emprendían acciones legales, políticas o armadas para atacarla.

La Iglesia se volvió una institución relevante y poderosa desde la primera mitad del siglo XX. Algo evidente, por ejemplo, en el crecimiento de las iglesias y parroquias y en el aumento de su proporción en el país. Según datos expuestos por Patricia Londoño, éstas pasaron del 9% en 1844 a 16% en 1938. Lo mismo debe decirse del número de sacerdotes, quienes re-

presentaban el 7% del total nacional en 1851 y alcanzaron el 29% en 1938.

En este proceso de expansión de la religión católica, fue igualmente importante la presencia de congregaciones, las cuales constituyeron un mecanismo de moralización de las masas, de ascenso social, de cohesión entre diferentes sectores sociales y de beneficencia para los pobres, una labor clave para entender la positiva recepción de estas formas de sociabilidad entre sectores populares. Aunque la influencia se concentró en el área central y más poblada de Antioquia, para 1930 ya había alcanzado la población ubicada en áreas remotas. Como se ha afirmado, el establecimiento de una red de comunidades religiosas, de instituciones educativas y de asociaciones devotas, caritativas y filantrópicas, creó un “referente cultural” que, sin desconocer las jerarquías sociales, estableció canales y medios de interacción entre diferentes grupos sociales y ofreció, por esta vía, “coherencia” y “estabilidad” a la sociedad.

Ahora bien, no puede ocultarse el hecho de que todavía en esa primera mitad del siglo XX, había zonas de Antioquia donde los habitantes permanecían relativamente dispersos, alejados de esa red institucional católica, reacios a los valores que pregona. El control que ejercía en zonas altas del centro, el Oriente, el Norte y el Suroeste contrastaba con el que se alcanzaba en las tierras bajas y riberanas de los ríos Atrato, Cauca y Magdalena, y en amplias zonas del Nordeste, del Bajo Cauca y de Urabá. En estas áreas, existían posiciones y actitudes diversas hacia la religión católica y muchos habitantes se resistieron al adoctrinamiento y a las prácticas moralizadoras de los sacerdotes. Al respecto, cabe llamar la atención que la Diócesis de Apartadó solo fue creada en 1988.

La consolidación de la Iglesia a lo largo del siglo XX implicó el intento de cooptar a las ma-

sas rurales, pero también a las urbanas, entre las que se encontraban trabajadoras y obreros de las primeras instalaciones fabriles. En ese intento tuvo como competidores al partido liberal y algunos líderes socialistas, quienes ganaban adeptos en los barrios aledaños a las fábricas, en las obras públicas y en las empresas dedicadas al transporte fluvial y ferrocarrilero. La labor evangélica de la Iglesia, fuertemente vinculada a actividades de carácter asistencial y caritativo en los pueblos de Antioquia, debió enfocarse también en los obreros, a los que se buscaba “salvar” del comunismo, y en los habitantes pobres que fueron llegando a la ciudad de Medellín, atraídos por los salarios altos, por la promesa del “progreso” o por un mejor vivir que el ofrecido por el campo.

En este contexto urbano, que tendió a hacerse más complejo por las migraciones derivadas de la violencia rural en los años cuarenta, cincuenta y sesenta, una Iglesia que nunca había sido monolítica, fue sufriendo pequeñas fisuras en la medida en que algunos sacerdotes consideraron que su compromiso con los pobres era, incluso, superior a los mandatos de los jefes católicos. A finales de los años sesenta del siglo XX, algunos sacerdotes, en contra de las indicaciones de sus superiores, emprendieron su labor evangélica en los barrios que fueron creciendo en Medellín, al margen del “progreso” y de la transformación urbana. Estos curas “rebeldes” asumieron la causa de los habitantes sin techo, promovieron la organización y la movilización popular autónoma, lideraron invasiones y obras de mejoramiento y construcción de vivienda. Aunque por esto pagaron el precio del silenciamiento, de la marginación en parroquias rurales o de la renuncia a su ejercicio pastoral urbano, todavía están en la memoria de algunos de los habitantes de Medellín.



Imagen 4. *Lavadoras de oro. Rio Guadalupe - Medellín*. Henry Price, 1852. Acuarela sobre papel, 17.4 x 24.8 cm.

El fundamento de la prosperidad de Antioquia

Desde mediados del siglo XIX, en el mundo occidental se inició lo que se ha denominado la “era del oro”, en parte marcada por los descubrimientos auríferos en California y en Australia, en parte por la creciente adopción del oro como patrón para regular los intercambios del mercado mundial. En los Estados Unidos de Colombia (1863-1886), algunos antioqueños se encontraban enfrascados en una interesante polémica sobre la vocación productiva de la provincia. Por un lado, personajes como Camilo Antonio Echeverri, imbuidos en la ideología liberal que le otorgaba un lugar concreto al país en el comercio mundial, argumentaban que a las minas, y solo a las minas, Antioquia debía su prosperidad, el bienestar de sus habitantes y las bases para un futuro promisorio; aunque no descartaba la importancia de las actividades agropecuarias, planteaba que los antioqueños no debían orientar sus esfuerzos en esta dirección, pues se corría el riesgo de llevarla a la condición de atraso en que se hallaban otras zonas que carecían de aquel recurso.

Por otro lado, Teodomiro Llano, con fuertes intereses familiares y económicos en la zona del suroeste, en plena expansión agropecuaria por esa época, consideraba que el porvenir de Antioquia estaba, no en los recursos que algún día se agotarían, sino en aquellos productos que surgían de suelos feraces y opulentos, y que daban de comer a la población; agregaba que la prosperidad

que se alcanzaría por esta vía sería más sólida y estable, a diferencia de la representada por los “castillos de oro vueltos humo” que se construían en pueblos “decadentes” del Norte y del Nordeste que sobrevivían en medio de la penuria.

La polémica no dejaría de ser anecdótica si consideramos su evidente actualidad y vigencia; guardando las distancias, esos argumentos son parecidos a los que se esbozan por estos días en el país, cuando experimentamos un nuevo auge minero que tiene a Antioquia polarizada por las mismas razones: la vocación productiva de la región, la duda sobre el aprovechamiento máximo de un recurso abundante con buenos precios internacionales o la priorización de una economía extractiva que, en el largo plazo, parece no garantizar necesariamente la prosperidad social.

¿Fue la minería fuente de la prosperidad inicial de la provincia? No puede desconocerse la importancia del crecimiento demográfico y de la colonización a la hora de sopesar la influencia de Antioquia en el país, y deben reconocerse otros factores como la minería, ampliamente estudiados por los historiadores. Como se insinuó atrás, la base de la economía durante el régimen colonial fue la minería de oro, desarrollada principalmente en el Norte, en el Nordeste y parte de lo que por entonces se reconocía como el Occidente de la provincia; se efectuaba en medio de límites técnicos y de una baja capacidad productiva para sostener las cuadrillas de esclavos, hecho que propició la crisis temprana del esclavismo y una lenta manumisión explicada por razones de racionalidad económica, aunque algunos autores no descartan factores ideológicos y culturales.

Sin embargo, desde finales del siglo XVIII, Antioquia empezó una franca recuperación en la extracción del metal. Unas cifras aproximadas, expuestas por Frank Safford, permiten sopesar la importancia de Antioquia en el tema minero: con cerca del 8% de la población, producía más del

40% de las divisas exteriores del país. El nuevo auge productivo del oro vino acompañado, además de la introducción de innovaciones tecnológicas, de dos circunstancias que realzaron su importancia a lo largo del siglo XIX, cuando predominó en el país como producto exportable, salvo en los lapsos en que fue desplazado por el tabaco y la quina. Por un lado, la producción de oro descansó principalmente en el trabajo de mineros independientes conocidos como mazamorreros, es decir, mulatos y negros evadidos de cuadrillas, liberados por sus amos o por compradores de su libertad. Como expuso Beatriz Patiño, trabajaban con menos de cinco personas o extraían de manera independiente el oro, por lo general, mediante la técnica de la batea; eran trabajadores de estación, vivían en montes y no se avecindaban en lugares en que residían temporalmente.

Por otro lado, los mazamorreros, que constituían una población libre de ataduras, móvil, dispersa y, en buena medida, alejada del control gubernamental, contribuyeron significativamente a la formación de una demanda permanente de productos agrícolas, de mercancías, al comercio interno y al incremento de la contribución fiscal en algunas zonas de la provincia. Como expuso Roger Brew, aquella demanda fue satisfecha en buena medida por las haciendas y fincas que se estaban estableciendo en la frontera agropecuaria, las cuales suministraron abastecimientos básicos y baratos, lo que permitió el fortalecimiento de una economía regional complementaria, ventaja con la que no se contaba en otras zonas del país. Si bien en algunas zonas la agricultura fue una actividad dirigida principalmente a la subsistencia, sobre todo en áreas de reciente colonización, debe resaltarse que desde que se vinculó con los circuitos comerciales asociados a la mine-

ría se produjo un encadenamiento clave entre estos dos sectores.

Así entonces, pese a quienes desconocen la importancia de la producción agropecuaria antes de la llegada del café, debe enfatizarse que buena parte del desarrollo de la economía regional se debió a esa complementariedad minera y agropecuaria.

El café, los campesinos y el mercado de bienes

En el imaginario antioqueño de algunas zonas rurales de Antioquia, el café ocupa un lugar central e indisputado, pese a las crisis de los precios internacionales, al incremento de la oferta mundial del grano, a las plagas que obligan a cortar los palos y a las políticas del gobierno central. El café, aun cuando ha dejado de ser rentable para los productores, sigue considerándose la única alternativa para centenares de campesinos que llevan más de tres generaciones viviendo y sobreviviendo del grano.

Desde finales del siglo XIX, Antioquia pasó a ser uno de los principales departamentos productores del café en Colombia después de Caldas. El grano se cultivaba en algunos distritos del suroeste desde mediados del siglo XIX, pero sólo empezó a expandirse a finales de ese siglo. Como en el resto del país, en la región pueden identificarse etapas de propagación correspondiente a áreas geográficas. De Fredonia, Venecia, Amagá, Angelópolis y Titiribí, donde predominaban las haciendas cafeteras, pasó a otros municipios del suroeste lejano y del suroriente, donde se cultivaba en pequeños y medianos cafetales entre 3 y 13 hectáreas. En el Norte, también lo cultivaron campesinos minifundistas, pero la siembra del grano no era la actividad principal de la zona.

Una de las características que explican la importancia social del café en Antioquia, es que fue una actividad a la que se dedicaron sectores sociales diversos. Tal como se ha demostrado, la capacidad financiera y el interés por invertir en empresas para la producción y exportación del café, fue de los comerciantes, un grupo dinámico y con fuerte influencia política regional y nacional. Los poderosos comerciantes de Medellín lo llevaron al suroeste cercano, cultivado en haciendas en las que predominaba el grano, al lado de pastos para ganadería y de cultivos de caña de azúcar, maíz, plátano, frijol y cacao para el autoabastecimiento y para el mercado, de tal modo que se constituyeron en unas dinámicas unidades productivas. La producción directa del grano estuvo, principalmente, a cargo de peones, contratistas y agregados, estos últimos trabajadores permanentes que residían en las haciendas en condiciones difíciles de trabajo. Esta era una de las zonas con mayor número de cafetos sembrados y que producían buena parte del grano que se exportaba en Antioquia.

Estos comerciantes, por lo demás, fueron grandes comercializadores del grano y no fueron pocas las circunstancias en las que, por medio de actividades especulativas con los precios, lograron grandes ganancias en muy poco tiempo. Por un lado, aprovecharon las bruscas fluctuaciones de la tasa de cambio y se beneficiaron con las devaluaciones que ocurrían en el país con alguna frecuencia, aun después de la Guerra de los Mil Días. Por otro lado, tuvieron la posibilidad de ubicar agentes en los pequeños pueblos productores y en los principales puertos por donde ingresaba el grano a los Estados Unidos o a Europa, lo que les permitió contar con información oportuna para maniobrar con los precios de compra a pequeños y medianos caficultores.

En el suroeste lejano coexistía la gran propiedad con las extensiones medianas y pequeñas,

dedicadas en su mayoría al café. Esta zona, en la que la colonización favoreció la formación de una estructura rural campesina, el cultivo del grano fue más rentable y permitió una temprana monetización de las economías locales. Mientras en la hacienda la caficultura no desplazó otras actividades como la ganadería, en las propiedades menores a 13 hectáreas el café encontró el espacio más adecuado para su expansión. Los rendimientos económicos y las cualidades para desarrollarlo eran superiores, en parte porque requería poca inversión, se sembraba en suelos “nuevos” y fértiles, se desarrollaba con fuerza de trabajo familiar y en áreas espaciales aprovechadas intensivamente. El campesinado de estas zonas comprobó rápidamente que este cultivo era una alternativa de producción fácilmente comercializable con la cual podría vincularse directamente al mercado de bienes.

En relación con la producción, en 1932, Antioquia ocupaba el segundo lugar en el país con aproximadamente 617.000 sacos de 60 kg, solo superado por Caldas (1.004.000 sacos aproximadamente). Para 1938, se calculaba que de la superficie total cafetera del departamento, la mayor parte la ocupaban unidades campesinas pequeñas con menos de veinte mil palos sembrados (69.8%), seguida por unidades con entre 20.000 y 60.000 palos (18.1%) y finalmente las grandes haciendas con más de 60.000 palos, cuya área equivalía apenas al 12.1%.

Los buenos precios internacionales del café, los mecanismos de control de la oferta del grano y las heladas en el Brasil, el principal productor durante buena parte del siglo XX, fueron un buen aliciente para que una parte significativa de los campesinos antioqueños se comprometiera con este producto. Aun cuando aquellas circunstancias cambiaron por la ruptura del pacto mundial del café o por el ingreso de nuevos productores con un grano de menos calidad pero de más bajo precio, los caficultores antioqueños difícilmen-

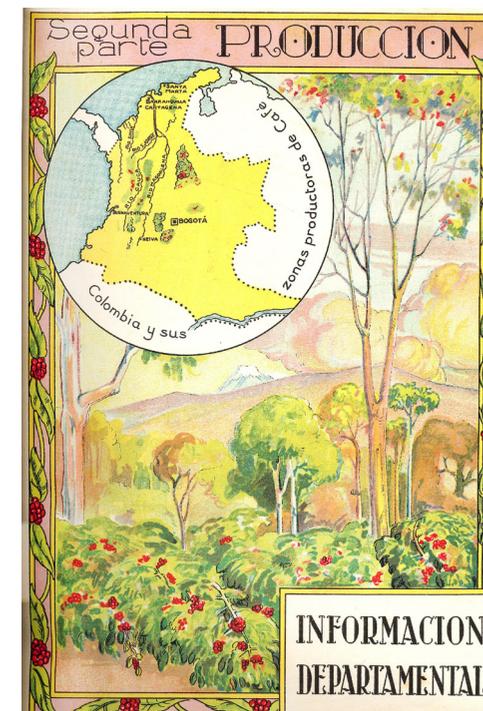


Imagen 5. Colombia y sus zonas productoras de café. Interior del libro de Diego Monsalve Colombia cafetera. Barcelona, Artes Gráficas S.A., 1927, p. 201.

te renuncian a su cultivo. Los mueve una fe ciega en un producto que, en algo más de un siglo, les ha permitido sobrevivir, mejorar sus viviendas, tecnificar sus fincas, educar a sus hijos y adquirir un bienestar algo superior al de otros campesinos de la región y del país que no sembraron el grano.

La fase inicial de la industrialización

La imagen del antioqueño audaz, arriesgado y emprendedor se refuerza instrumentalmente con el resultado del proceso complejo de la industrialización. En ella, parecen confluir todas las características que sintetizan la transformación de Antioquia durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX: la geografía como superación del obstáculo, la minería como fuente de acumulación inicial y escuela para la innovación, el comercio como actividad para invertir dentro y fuera de la región, así como el cultivo del café para promover el consumo de bienes. Cuando algunos de estos aspectos se asocian con el desarrollo temprano y pionero de la industria en Colombia, se forja un imaginario que atribuye a ciertos sectores sociales el papel protagónico de un notable cambio social y económico, y, a la vez, oscurece el de otros, igualmente relevante.

Sobre la industrialización en Antioquia se han desarrollado diferentes hipótesis que, a su vez, han originado polémicas en torno al factor clave para generar los procesos de acumulación de capital necesario para el establecimiento inicial de la industria. Aunque no existe consenso, algunos expertos sitúan el foco en los comerciantes, quienes se convirtieron, durante la primera mitad del siglo XIX, en financistas del Estado colombiano y de los empresarios de la capital. De rescatantes de

oro, los comerciantes antioqueños pasaron a ser monopolistas del comercio de importación en la zona occidental de Colombia y en intermediarios en la economía tabacalera. Las redes de comercio se extendieron por las pequeñas parroquias de las zonas recientemente colonizadas, por el suroccidente y el centro del país, así como en el Caribe. El considerable intercambio situó a Antioquia en un lugar central del incipiente mercado “nacional”. El vínculo inicial con la minería sería, entonces, el elemento clave para el fortalecimiento del poder económico y político de los comerciantes y fundamental para el posterior establecimiento fabril.

Para otros autores, la élite contaba con la experiencia derivada de la minería y con los recursos del comercio, pero su salto a la actividad industrial no habría sido posible sin la oportunidad que brindó el cultivo del café, su comercio, la especulación con los precios y las devaluaciones, la monetización de la economía campesina y el surgimiento de un mercado para bienes primarios. A esto se agrega lo que Mariano Arango denomina un “salto cualitativo”, relacionado con la trilla del café. En un lapso relativamente corto, los exportadores de café se convirtieron en capitalistas industriales, es decir, que de la esfera de la circulación pasaron a la de la producción mediante la inversión de los excedentes en una industria básica.

Lo que es cierto e indiscutible es que la demanda campesina de productos derivada del café permitió en Antioquia el desarrollo de un mercado para bienes industriales y, por esta vía, para el desarrollo manufacturero dedicado a alimentos, textiles y herramientas básicas para la agricultura. Aunque se discute si la industria manufacturera precedió a la fase más intensa de las exportaciones del café, lo cierto es que hubo una relación recíproca positiva.

Por otro lado, existía también una fuerza de trabajo disponible para la industria, represen-

tada por una clase desposeída que no se vinculaba con las labores productivas del campo. Se trataba, en general, de un grupo representativo de mujeres, niños y otros miembros de la unidad familiar que encontraron en las instalaciones fabriles una fuente de recursos adicionales y necesarios para la supervivencia. En algunos casos, eran personas recién emigradas de áreas cercanas a Medellín, que no encontraban ocupación o permanecían parcialmente empleados. Como en otros lugares del mundo, en una fase de industrialización temprana, las mujeres fueron un grupo importante vinculado con las fábricas, especialmente las textiles. Tal como expuso Luz Gabriela Arango, durante los años veinte y treinta, por medio de una alianza entre empresarios y comunidades religiosas, se las introdujo en un régimen disciplinario fuerte que produjo una mano de obra singular, atada a la empresa, como si ésta fuera su única familia posible, mecanismo exitoso para incrementar la rentabilidad capitalista.

En el decenio del veinte, en Antioquia estaba el mayor número de fábricas en Colombia, dedicadas principalmente a las bebidas, a los alimentos, a los textiles y a los cigarrillos, así como a la producción de herramientas básicas para las fincas campesinas. En el sector textil se fundaron la Compañía Antioqueña de Tejidos, la Compañía de Tejidos de Medellín, la Compañía Colombiana de Tejidos, Tejidos Rosellón, la Fábrica de Hilados y Tejidos del Hato, Tejcóndor; en bebidas, alimentos y cigarrillos, se crearon, entre otras, la Cervecería Antioqueña Consolidada, la Compañía Colombiana de Tabacos, la Compañía de Gaseosas Posada Tobón, la Compañía de Chocolates Cruz Roja (Nacional de Chocolates), la Fábrica Nacional de Galletas y Confitos Noel; también se fundó la Fábrica Nacional de Fósforos Olano, la Vidriera de Caldas, la Ferrería de Amagá, la Fundición y Talleres Robledo.

Se trataba, en general, de establecimientos industriales que se beneficiaron de las políticas

de fomento (aranceles, subsidios), especialmente las adoptadas por el presidente Pedro Nel Ospina (1922-1926); estas industrias venían incrementando su productividad gracias al uso de la energía eléctrica, de maquinaria importada, de la mayor racionalización del trabajo y organización de los espacios laborales; así mismo, estaban pasando de un esquema de empresas familiares a uno de compañías anónimas, lo que redundó en su rápida transformación. En parte por estos factores, las industrias antioqueñas y otras del país, empezaron a producir artículos de mejor calidad a más bajo costo, para un mercado que los demanda ampliamente.

En comparación con ciudades como Bogotá, Barranquilla y con los puertos del Caribe y el río Magdalena, en Medellín se presentó un número apenas más bajo de conflictos laborales. No es que las condiciones laborales fueran muy diferentes, pero las estrategias de control desarrolladas por los patronos y por la Iglesia al parecer fueron más efectivas. De hecho, aunque en el departamento hubo presencia de líderes socialistas y liberales, la acción social logró afianzar con mayor fuerza el sindicalismo católico. No es casualidad que, a finales de la década del cuarenta, la Unión de Trabajadores de Colombia contara con una significativa base de afiliados en Antioquia. Sin embargo, los trabajadores no pudieron escapar a la ola de agitación social que, desde comienzos de esa década, se fue expresando en las calles de las principales ciudades del país.

Las guerras y la Violencia

La afirmación según la cual los antioqueños siempre han sido violentos es una generalización que debe cuestionarse y matizarse. Ni siempre, ni en todas partes, ni todas

las personas han sido víctimas o victimarias. Durante las guerras civiles del siglo XIX, en el territorio antioqueño no se presentaron las grandes batallas del estilo de las sucedidas en Santander o Cauca, aunque sí experimentaron los efectos económicos y sociales, sobre todo cuando se conformaron ejércitos con campesinos para defender las fronteras o para ir a luchar a otras regiones. Esta imagen contrasta con lo que sucedía en términos de homicidios, riñas y heridas, que presentaban tasas importantes, superiores a las de Panamá, Santander, Cauca, Boyacá, Tolima, Cundinamarca y Bolívar. Esta violencia contra las personas se concentraba sobre todo en el Occidente (Antioquia, Sopetrán, Frontino y Cañasgordas), en el Nordeste (Amalfi y Zaragoza) y en el Suroeste (Titiribí y Jericó).

Antioquia no presentó un número significativo de conflictos por la tierra, como los que se expresaron en los decenios del veinte y del treinta del siglo XX en el antiguo Caldas, en Tolima, en Cundinamarca o en Cauca. Además, la fuerte presencia de minifundios, pequeñas y medianas propiedades, así como el arraigado individualismo, el bienestar derivado del cultivo del café y el control ejercido por la Iglesia, desactivaron luchas campesinas y neutralizaron la presencia fuerte de organizaciones y liderazgos campesinos liberales o comunistas, como los que se constituyeron en Cundinamarca, Tolima, Valle o Sucre, para solo mencionar unos ejemplos. Sin embargo, en algunas zonas se presentaron luchas laborales y arraigaron líderes, ideas y reivindicaciones que se expresaron, no por medio del partido conservador, sino a través de los partidos liberal y socialista, sobre todo en el Magdalena Medio, en Urabá y en el Nordeste, el Bajo Cauca y en Medellín.

Durante la Violencia, algunos líderes partidistas mantuvieron un pacto implícito que buscaba evitar la polarización que sacudía al país y se privilegiaron los discursos sobre la necesidad de acercamientos para detener las muertes en las regiones más afectadas del departamento. Estos discursos no tuvieron eco en algunas localidades de la región en las que antiguos conflictos se fueron asociando a la polarización partidista; además, fueron infructuosos, sobre todo después de 1949, cuando el gobierno departamental fue ocupado por políticos más dogmáticos, en consonancia con el gobierno nacional. Según las estadísticas, a partir de 1949, Antioquia fue la zona más violenta del país después del antiguo Caldas y de Tolima. En los primeros años del Frente Nacional, fue desplazada de ese tercer lugar por el Valle del Cauca.

Las muertes de esta violencia fueron producidas, principalmente, por la “contrachusma” conservadora y por las guerrillas liberales, por funcionarios locales de gobierno (policías, visitadores e inspectores de rentas), así como por jefes políticos y algunos sacerdotes que atizaron las diferencias políticas; sin embargo, no debe descartarse el papel de personajes que se sirvieron de la confrontación bipartidista para dirimir conflictos personales o para realizar intereses econó-

micos particulares. En algunas localidades hubo masacres, asesinatos, aplanchamientos, quemas de casas, expulsiones de población y robos de cosechas de café.

Como ha demostrado Mary Roldán, las zonas de mayor intensidad de la violencia correspondían a las áreas periféricas, las de difícil control desde el siglo XIX y comienzos del XX: las vertientes al río Magdalena y al río Atrato, el Nordeste, el Bajo Cauca, parte del Occidente y Urabá. En Antioquia las “diferencias geoculturales” estaban tan enraizadas que fueron tan o más importantes que las partidistas para desencadenar la violencia en aquellos lugares. Se trataba de sitios todavía aislados, cuya población tenía un origen étnico y territorial diferente al de la mayoría mestiza. En esos lugares, según Roldán, “la violencia representó una lucha fundamental -y el máximo fracaso- por imponer un proyecto de régimen departamental hegemónico, basado en nociones de diferencias culturales, étnicas y raciales” (Roldán, 2003, 50). En ellos, se expresaban formas de oposición liberal al gobierno departamental, pero también “un rechazo más complejo, dirigido contra el poder regional y en protesta a la subordinación económica y cultural de las gentes y los recursos de la zona” (Roldán, 1998, 5).

Esta violencia tiene elementos de conexión con la sucedida años después en Medellín y el Área Metropolitana. Aunque Medellín venía creciendo demográficamente desde varias décadas atrás, a finales de los años cincuenta se incrementó el flujo social como resultado, principalmente, del desplazamiento físico de centenares de campesinos de las zonas mencionadas. Hacia 1965, buena parte de esta población se asentó en barrios de invasión e ilegales, en donde unas 183.000 personas (el 23% de la población de Medellín) vivían en condiciones de pobreza. Desde finales de los años ochenta, inició un nuevo flujo migratorio espontáneo y esporádico, constituido por pobla-

ción desplazada a causa del enfrentamiento armado entre fuerzas paramilitares, guerrillas y fuerzas armadas del Estado. A menudo, las autoridades locales, más que afrontar integralmente la situación de estos habitantes de la ciudad, los persiguieron y los trataron como delincuentes.

En general, la población llegada desde los años sesenta y en los años ochenta, se fue asentando de manera espontánea en zonas de la ciudad carentes de servicios básicos urbanos y clasificados como ilegales y de invasión. Para estas personas, que fueron conformando los barrios más densamente poblados de la ciudad, las posibilidades de acceso a vivienda, salud, educación y empleo eran restringidas. En el 2006, según el DANE, el 39.55 de los habitantes de la ciudad vivía en condiciones de pobreza, el 6,4% en pobreza extrema y el 12% en la indigencia. Además, las posibilidades de ingreso de estas personas al mercado laboral, se vieron frustradas, por un lado, por su escasa capacitación, y por el otro, por la crisis que desde los años ochenta empezó a experimentar la industria antioqueña, especialmente la textil. En esos años, se incrementó el desempleo y, con él, el impacto negativo sobre numerosas familias.

Una de las explicaciones para el fenómeno de violencia urbana que se va a desatar en Medellín y el Área Metropolitana desde finales de los años ochenta, plantea que se debe en parte a la “crisis del proyecto regional de la élite antioqueña” (Uribe de Hincapié, 1990). Desde los años cincuenta, habría comenzado a desestructurarse el modelo concebido por la élite desde el siglo XIX, a partir del cual se habían propiciado la identidad, la cohesión y el ascenso social teniendo como ejes la religión, el valor de la familia, la frugalidad y la exaltación del trabajo digno y constante. Según

la Consejería Presidencial para Medellín y el Área Metropolitana, creada a comienzos de los años noventa, los cambios en el modelo productivo industrial, la creciente urbanización, la secularización de la sociedad y el distanciamiento de la dirigencia empresarial de los trabajadores habrían contribuido al derrumbe del modelo, de los mecanismos tradicionales de control social y de los referentes de pertenencia colectiva, los cuales dejaron de ser operativos en el nuevo contexto urbano.

En síntesis

Así pues, Antioquia contiene variedad, diversidad y heterogeneidad pese a ejercicios escritos que para describirla requieren, en ocasiones, simplificarla, unificarla y homogeneizarla. Desde que se la reconoció como “unidad” político administrativa colonial, sus límites han cambiado aunque a veces se la evoca estática, constante e inmutable. El carácter de sus habitantes también ha variado y es diferente la idea que se tenía de ellos a finales del siglo XVIII de la que se tenía al declinar el siglo XIX o al comenzar el siglo XX; a veces se resalta su audacia, su voluntarismo y la laboriosidad y en otras ocasiones se señala como astuto, ventajoso, tramposo, depredador, especulador y violento. En Antioquia han existido la diferencia, la desigualdad y el conflicto, así como la asociatividad y la cooperación, pero las opiniones que de ella se proyectan parecen congeladas en dos imágenes irreconciliables: ordenada, uniforme e idílica o pugnaz, rapaz y violenta. En la denominación Antioquia subyace pues una enorme complejidad que, aunque a menudo ha sido reducida y convertida en huero lugar común, en dicho o en consigna, ha tratado de ser descrita y explicada por estudios sistemáticos y serios.

Reconocer todos estos aspectos tal vez permita construir un relato nuevo y, con él, nuevas formas de identidad para una sociedad más justa, menos inequitativa y más democrática.

Guía bibliográfica

La “individuación” del origen

Álvaro Restrepo Euse. *Historia de Antioquia. Desde la conquista hasta el año de 1900*. Medellín, Imprenta Oficial, 1905.

Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales. *Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia*. Medellín, Faes, 1982.

Jorge Orlando Melo (coordinador). *Historia de Antioquia*. Medellín, Suramericana de Seguros, 1991.

Iner. *Estudios Regionales en Antioquia*. Medellín, Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, 2004.

Jorge Orlando Melo. *La historiografía sobre la Antioquia el siglo XIX*. <http://www.jorgeorlandomelo.com/historiografiaant.htm> (consultada el 30 de mayo de 2013).

La geografía: ¿castigo o acicate?

José Manuel Restrepo. *Ensayos sobre la geografía*. Medellín, Eafit, 2007.

Carlos Segismundo de Greiff. *Apuntamientos Topográficos y Estadísticos de la Provincia de Medellín*. Medellín, Gaceta Oficial, 1852.

Comisión Corográfica. *Geografía física i política de las provincias de la Nueva Granada*. Bogotá, Banco de la República, 1958.

Manuel Uribe Ángel. *Geografía general del Estado de Antioquia en Colombia*. Edición crítica. Medellín, Gobernación de Antioquia, Colección Autores Antioqueños, 1985.

Edgardo Pérez Morales. “Países, paisajes y caminos. Metáforas culturales y percepciones diversas”. En: Orián Jiménez Meneses et al. *Caminos, rutas y técnicas: huellas espaciales y estructuras sociales en Antioquia*. Medellín, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2005, pp. 239-278.

Oscar Almario y Orián Jiménez. “Geografía y paisaje en Antioquia, 1750-1850. De los retos de la provincia interna al espejo externo del progreso”. En: Comisión Corográfica. *Geografía física y política de la Confederación Granadina*. Universidad Nacional de Colombia, Universidad Eafit, Universidad del Cauca, 2005, volumen IV, pp. 43-64.

Michel Hermelin. (Editor). *Geografía de Antioquia*. Medellín, Eafit, 2006.

Una sociedad “nueva”

Francisco Silvestre. *Relación de la Provincia de Antioquia*. Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, 1988.

Emilio Robledo. *Bosquejo biográfico del señor Oidor Juan Antonio Mon y Velarde Visitador de Antioquia, 1785-1788*. Bogotá, Banco de la República, 1954.

Luis Ospina Vásquez. *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*. Cuarta edición. Medellín, Faes, 1987. Jorge Orlando Melo. *Predecir el pasado: ensayos de historia de Colombia*. Santa Fe de Bogotá, Fundación Simón y Lola Guberek, 1992.

Jorge Orlando Melo. “Las vicisitudes del modelo liberal, 1850-1899”. En: José Antonio Ocampo (comp). *Historia Económica de Colombia*. Tercera edición. Bogotá, Fedesarrollo-Siglo XXI, 1991, pp. 119-172.

El mestizaje, no la “raza”

Jaime Jaramillo. “Mestizaje y diferenciación social”. En: *Ensayos de historia social. La sociedad neogranadina*. 2ª edición. Tomo 1. Bogotá, Tercer Mundo Editores - Uniandes, 1989, pp. 159-198.

Beatriz Patiño Millán. “La provincia en el siglo XVIII”. En: Jorge Orlando Melo (coordinador). *Historia de Antioquia*. Medellín, Suramericana de Seguros, 1991, pp. 69-90.

Nancy Appelbaum. *Muddied Waters. Race,*

Region and Local History in Colombia, 1846-1948. Durham, Duke University Press, 2003.

Beatriz Patiño. *Riqueza, pobreza y diferenciación social en la Provincia de Antioquia durante el siglo XVIII*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2011.

“Cuando el antioqueño entra al monte, tiembla el monte”

Alejandro López. *Problemas colombianos*. Medellín, Editorial La Carreta, 1976.

James Parsons. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Cuarta edición. Santa Fe de Bogotá, El Ancora-Banco de la República, 1997.

Eugene Havens. *Támesis, estructura y cambio*. Bogotá, Tercer Mundo-Universidad Nacional de Colombia, 1966.

Álvaro López Toro. *Migración y cambio social en Antioquia*. Tercera edición. Medellín, Hombre Nuevo Editores, 1979.

Catherine Le Grand. *Colonización y protesta campesina en Colombia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1988.

Roberto Luis Jaramillo. “La colonización antioqueña”. En: Jorge Orlando Melo (coordinador). *Historia de Antioquia*. Medellín, Suramericana de Seguros, 1991, pp. 177-208.

Víctor Álvarez Morales. “De la región a las subregiones en la historia de Antioquia”. En: VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia. *Fronteras, regiones y ciudades en la historia de Colombia*. Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, 1992.

Hermes Tovar Pinzón. *Que nos tengan en cuenta. Colonos, empresarios y aldeas: Colombia, 1800-1900*. Santa Fe de Bogotá, Colcultura, 1996.

Lucía Mercedes Vélez Escobar. “La colonización democrática. El caso de la familia Mesa en la fundación del municipio de Betulia”. En: Rodrigo Estrada (coordinador). *Élites, empresarios y funda-*

dores. Medellín, Colciencias-Cish Universidad de Antioquia, 2003, pp. 149-174.

Pueblos y pueblerinos

Jorge Alberto Restrepo. *Retrato de un patriarca antioqueño. Pedro Antonio Restrepo, 1815-1879*. Bogotá, Banco de la República, 1992.

María Teresa Uribe et al. *Urabá: ¿región o territorio?: un análisis en el contexto de la política, la historia y la etnicidad*. Medellín, Iner-Cornare, 1992.

Fernando Botero Herrera. *Urabá. Colonización, violencia y crisis del Estado*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1990.

James Parsons. *Urabá, salida de Antioquia al mar. Geografía e historia de su colonización*. Bogotá, Banco de la República-El Áncora Editores, 1996.

Alba Shirley Tamayo Arango. *Camino a la región de los Osos*. Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.

Juan Carlos Vélez Rendón. *Los pueblos allende el río Cauca. La formación del suroeste y la cohesión del espacio en Antioquia, 1830-1877*. Medellín, Universidad de Antioquia, 2003.

César Augusto Lenis Ballesteros. *Una tierra de oro. Minería y sociedad en el nordeste de Antioquia, siglos XVI-XIX*. Medellín, Idea, 2007.

Jugadores, bebedores, pleitistas, facinerosos e ingobernables

Juan Carlos Jurado Jurado. *Vagos, pobres y mendigos. Contribución a la historia social colombiana, 1750-1850*. Medellín, La Carreta Editores, 2004.

Orián Jiménez Meneses. *El frenesí del vulgo. Fiestas, juegos y bailes en la sociedad colonial*. Medellín, Universidad de Antioquia, 2007.

María Teresa Arcila y Lucella Gómez. *Libres, cimarrones y arrochelados en la frontera entre Antioquia y Cartagena, siglo XVIII*. Bogotá, Siglo del Hombre Editores- Iner, 2007.

Juan Carlos Vélez Rendón. “Contra el juego y la em-

briaguez. Control social en la provincia de Antioquia durante la primera mitad del siglo XIX”. En: Eduardo Domínguez (Director académico). *Todos somos historia. Control e instituciones*. Medellín, Canal U, 2010, pp. 59-77.

Juan Carlos Vélez Rendón. “Desconductas costumbres y semillas de la discordia”. Prácticas de oposición y resistencia a los jefes políticos en el Nordeste de Antioquia, 1821-1843”. *Historia Crítica* No. 47. Bogotá, Universidad de los Andes, mayo-agosto de 2012, pp. 45-70.

El “espíritu de chicana” y la afición a los “pleitos y camorras de escribanía”

Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos). “Costumbres parroquiales en Antioquia. Mi compadre Facundo”. En: *Escritos escogidos*. Bogotá, Biblioteca Banco Popular, 1972, pp. 148-160.

Beatriz Patiño Millán. *Criminalidad, ley penal y estructura social en la Provincia de Antioquia, 1750-1820*. Medellín, Idea, 1994.

Victor Uribe Urán. *Honorable Lives. Lawyers, Family and Politics in Colombia, 1780-1850*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2000.

Juan Camilo Escobar y Adolfo León Maya. “Otras luces sobre la temprana historia política de Colombia, 1780-1850: Gaetano Filangieri y la Ruta de Nápoles a las Indias Occidentales”. *Coherencia* No. 4, Volumen 3. Medellín, Eafit, enero-junio de 2006, pp. 79-111.

Juan Carlos Vélez Rendón. “Abogados, escribanos, rúbulas y tinterillos. Conflictos por la práctica del derecho en Antioquia, 1821-1843”. *Estudios Políticos* No. 32. Medellín, Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, enero-junio de 2008, pp. 13-51.

Ciudadanos, a su modo

Roger Brew. “Aspectos de la política en Antioquia, 1850-1865”. Traducción de Moisés Melo. Medellín, Faes, 1984. (documento inédito).

Jorge Orlando Melo. “Progreso y guerras civiles

entre 1829 y 1851”. En: Jorge Orlando Melo (coordinador). *Historia de Antioquia*. Medellín, Suramericana de Seguros, 1991, pp. 101-126.

Jorge Orlando Melo. “Política y políticos en Antioquia”. En: *Los estudios regionales en Colombia: el caso de Antioquia*. Medellín, Faes, 1982, pp. 265-299.

Los “ricos capitalistas”

Luis H. Fajardo. *La moralidad protestante de los antioqueños. Estructura social y personalidad*. Cali, Universidad del Valle, (s.f).

Frank Safford. “Significación de los antioqueños en el desarrollo económico colombiano”. *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 1977, pp. 75-115.

Álvaro López Toro. *Migración y cambio social en Antioquia*. Tercera edición. Medellín, Hombre Nuevo, 1979.

María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez. *Poderes y regiones: problemas en la constitución de la nación colombiana, 1810-1850*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1987.

María Teresa Uribe de Hincapié y Jesús María Álvarez. *Raíces del poder regional*. Medellín, Editorial de la Universidad de Antioquia, 1998.

Víctor Álvarez Morales. “La formación de una élite regional. El caso de Antioquia, 1850-1920”. En: Javier Guerrero (compilador). *Regiones, ciudades, empresarios y trabajadores en la historia de Colombia*. Memorias del IX Congreso de Historia de Colombia. Tunja, AGN, UPTC y Asociación Colombiana de Historiadores, 1995, pp. 59-67.

Beatriz Patiño Millán. “Comercio y elite en el Medellín colonial. El caso de Vicente Restrepo Peláez”. En: Rodrigo García estrada (compilador). *Élites, empresarios y fundadores. Los casos de Antioquia y sur de Bolívar (Colombia), y el Tucumán colonial (Argentina)*. Medellín, Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Antioquia - Colciencias, 2003, pp. 17-68.

Regionalistas y federalistas

Luis Javier Ortiz Mesa. "Antioquia bajo el federalismo". En: Jorge Orlando Melo (comp). *Historia de Antioquia*. Segunda reimpresión. Medellín, Suramericana de Seguros, 1991, pp. 117-126.

Luis Javier Villegas. *Las vías de legitimación de un poder*. Bogotá, Premios Nacionales Colcultura, 1996.

Marco Palacios. "La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica". En: Marco Palacios. *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*. Bogotá, Norma, 2002, pp. 19-58.

Luis Javier Ortiz. *Obispos, clérigos y fieles en pie de guerra. Antioquia, 1870-1880*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, 2010.

El lento asentamiento de la Iglesia católica

Carlos E. Mesa. *La Iglesia y Antioquia*. Medellín, Gobernación de Antioquia, Colección Autores Antioqueños, 1989.

Gloria Mercedes Arango. *La mentalidad religiosa en Antioquia. Prácticas y discursos, 1828-1885*. Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 1993.

Patricia Londoño. *Religión, cultura y sociedad en Colombia. Medellín y Antioquia, 1850-1930*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

El fundamento de la prosperidad de Antioquia

Manuel Uribe Ángel, Camilo Antonio Echeverri y Emiro Kastos. *Estudios industriales sobre la minería antioqueña en 1856*. Medellín, Eafit, 2007.

Vicente Restrepo. *Estudios sobre las minas de oro y plata en Colombia*. Medellín, Faes, 1979.

Gabriel Poveda Ramos. "Breve historia de la

minería". En: Jorge Orlando Melo (coordinador). *Historia de Antioquia*. Medellín, Suramericana de Seguros, 1991, pp. 209-224.

Roger Brew. *El desarrollo económico de Antioquia desde la Independencia hasta 1920*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2000.

María Mercedes Botero. "El Banco de Antioquia: un modelo de banco regional, 1872-1876". En: *Estudios Sociales* No. 5. Medellín, Faes, 1989, pp. 27-92.

María Mercedes Botero. *La ruta del oro. Una economía exportadora. Antioquia, 1850-1890*. Medellín, Eafit, 2007.

El café, los campesinos y el mercado de bienes

Absalón Machado. *El café. De la aparcería al capitalismo*. Bogotá, Punta de Lanza, 1977.

Mariano Arango. *Café e Industria, 1850-1930*. Segunda edición. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1981.

Marco Palacios. *El café en Colombia, 1850-1970. Una historia económica, social y política*. Tercera edición. Bogotá, Planeta, Uniandes, El Colegio de México, 2002.

Mario Samper. "Labores agrícolas y fuerza de trabajo en el suroeste de Antioquia, 1850-1912". *Estudios Sociales* No. 2. Medellín, Faes, 1988, pp. 6-43.

La fase inicial de la industrialización

Fernando Botero. *El proceso de industrialización en Antioquia. Génesis y consolidación 1900-1930*. Medellín, Universidad de Antioquia, 1985.

Hernán Darío Villegas. *La formación social del proletariado antioqueño, 1880-1930*. Medellín, Concejo de Medellín, 1990.

Luz Gabriela Arango. *Mujer, religión e industria. Fabricato 1923-1982*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1992.

Alberto Mayor Mora. *Cabezas duras, dedos inteligentes*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1997.

Eduardo Sáenz Rovner. *La ofensiva empresarial. Industriales, políticos y violencia en los años 40 en Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1992.

Nicanor Restrepo Santamaría. *Empresariado antioqueño y sociedad, 1940-2004. Influencia de las élites patronales de Antioquia en las políticas socioeconómicas colombianas*. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 2011.

Las guerras y la Violencia

Miguel Martínez. "La criminalidad en Antioquia". Tesis de doctorado en derecho, Medellín, 1895. <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/11/history-mm-ca.pdf> (consultado el 8 de junio de 2013).

María Teresa Uribe de Hincapié. "La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia". En: *Realidad Social I*. Medellín, Gobernación de Antioquia, 1990.

Clara Inés García. "Región y violencia en Antioquia". En: Iner. *Estudios regionales en Antioquia*. Medellín, Iner, 2004, pp. 101-129

Mary Roldán. "Violencia, colonización y la geografía de la diferencia cultural en Colombia". *Análisis Político* No. 35. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia, sept-dic. de 1998, pp. 3-25.

Mary Roldán. *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia, 1946-1953*. Bogotá, Icanh, 2003.

Ana María Jaramillo. "La geografía de la violencia en Antioquia (1950-2005)". En: Michel Hermelin (Editor). *Geografía de Antioquia*. Medellín, Eafit, 2006, pp. 275-287.

Óscar Calvo Isaza y Mayra Parra Salazar. *Medellín (Rojo) 1968. Protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Medellín, Planeta-Alcaldía de Medellín, 2012.

Gerard Martin. *Medellín. Tragedia y resurrección. Mafía, ciudad y Estado*. Bogotá, Planeta, 2012.

Manuel Alberto Alonso et al. *Ensayos sobre con-*

flicto, violencia y seguridad ciudadana en Medellín, 1997-2007. Medellín, Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, 2012.